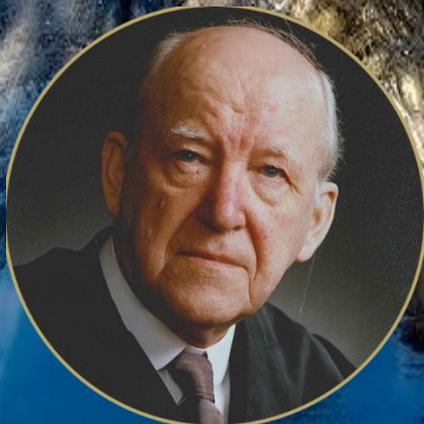


DEL TEMOR A LA FE

Estudios sobre la Profecía de
Habacuc y como interpretar
los hechos de la Historia



Dr. Martyn Lloyd - Jones

INDICE

Introducción

- I. El extraño proceder de Dios.....p.9
- II. La perplejidad del profeta.....p.17
- III. Esperando la respuesta de Dios.....p.27
- IV. El justo por su fe vivirá.....p.36
- V. Como orar.....p.43
- VI. Como gozamos en las tribulaciones.....p.51

D. Martyn Lloyd - Jones

DEL TEMOR A LA FE

*Estudios sobre la Profecía de
Habacuc y como interpretar
los hechos de la Historia*

Las citas bíblicas corresponden a la revisión de 1960, de las Sociedades Bíblicas en América Latina, salvo donde se indica otra fuente según las siguientes abreviaturas:

V.M. – Versión Moderna

V.H.A. – Versión Hispano – Americana del Nuevo Testamento

B.J. – Biblia de Jerusalén

INTRODUCCIÓN

EL MISTERIO DE LOS PROCESOS HISTÓRICOS

Existen muchos y variados problemas relacionados con la vida de fe. No se nos promete en la Biblia que, como cristianos, nuestra vida estará exenta de dificultades y pruebas. Existe un adversario de nuestras almas que está siempre activo. Su gran objetivo es desanimarnos y, si es posible, aun lograr que renunciemos a la fe. Presenta diversas tentaciones a nuestra mente. Recurre a cualquier cosa que pueda debilitar nuestra fe.

Uno de los problemas que mayor ansiedad provoca en la esfera de la fe, es lo que podríamos llamar ‘el problema de la Historia’, o cómo interpretar los hechos de la Historia. Muchas personas en este tiempo se encuentran perplejas al enfrentar la situación histórica. No siempre ha sido así. Hacia el final del siglo pasado y quizá hasta 1914, la dificultad principal que asediaba a aquellos que pertenecían a la fe, no era el problema de la historia, sino el problema de la ciencia. En esa época el ataque a la fe se basaba en la autoridad de los científicos y sus descubrimientos. La dificultad entonces radicaba en poder reconciliar la enseñanza de la Biblia con los hechos observados en la naturaleza y las diversas afirmaciones de la ciencia.

Por supuesto que existe hoy día personas que todavía están perturbadas por este problema, pero no es, en términos generales, el problema principal. El viejo conflicto entre la ciencia y la religión está, en realidad, pasado de moda. Los propios científicos lo han dejado en el pasado al rechazar, en su mayor parte, las nociones materialistas y mecánicas que gobernaban la mente científica popular hasta hace algunos años. Recientes teorías y descubrimientos han desterrado tales nociones en el área de la física y hemos presenciado en nuestro tiempo cómo más de un científico de relevancia ha tenido que admitir que se ha visto impulsado a creer que existe una Mente detrás del universo.

No es, pues, el problema científico, sino el problema de la Historia, el que produce ahora la ansiedad. Este es el problema de los problemas en este siglo XX. Por lógica, surge como resultado de los eventos de este período. Nuestros padres, y en mayor grado nuestros abuelos, no estaban preocupados con el problema de la historia porque la vida se movía cómodamente, y según muchos

pensaban, se progresaba hacia una maravillosa meta de perfección. La tierra prometida estaba por alcanzarse. Debían seguir pausadamente y pronto arribarían. Sin embargo, en los últimos años hemos sido sacudidos por el curso de los eventos de la Historia, y ante estos conflictos muchos han experimentado que su fe ha sido probada gravemente. Por ejemplo, han encontrado difícil el poder dar una explicación a dos devastadoras guerras mundiales, pues tales eventos parecen ser incompatibles con la enseñanza bíblica acerca de la providencia de Dios.

Debemos establecer de inmediato que este problema jamás debería haber conducido a sentirnos turbados o perplejos. No hay excusa para ello, precisamente en vista de la clara enseñanza de la Biblia al respecto. En un sentido, tampoco ha habido jamás excusa para estar preocupados por la ciencia y su aparente choque con la religión, pero hay menos excusa aún para estar turbados por el problema de la Historia, porque la Biblia lo expone en la forma más clara posible. ¿Por qué es, entonces, que afecta a tantas personas?

La razón principal parece radicar en que hay personas que utilizan la Biblia en un sentido muy restringido, como si fuera exclusivamente un libro de texto sobre salvación personal. Muchos parecen creer que el único tema de la Biblia es el de la relación personal del hombre con Dios. Por supuesto que es uno de sus temas centrales, y damos gracias a Dios por la salvación que nos ha dado sin la cual quedaríamos en la peor desesperación. Pero éste no es el único tema de la Biblia. En efecto, podemos llegar a decir que la Biblia ubica al tema de la salvación personal en un contexto más amplio. En última instancia, el mensaje central de la Biblia está vinculado con la condición del mundo entero y su destino; y tú y yo, como individuos, somos parte de ese contexto mayor. Es por eso que comienza con el relato de la creación del mundo y no con la del hombre. El problema está en que tenemos la tendencia de ocuparnos con nuestro propio problema personal, mientras que la Biblia comienza más atrás, colocando todos los problemas en el contexto de esta perspectiva mundial.

Si no reconocemos que la Biblia contiene esta particular perspectiva del mundo, no es de sorprender que el presente estado de cosas nos lleve a desesperar. Si leemos a través de toda la Biblia y tomamos conciencia de su mensaje, en lugar de elegir algún salmo preferido, o el sermón del monte, o nuestro evangelio favorito, descubriremos que contiene una profunda filosofía de la Historia y un particular enfoque del mundo. Nos permitirá entender lo que

está ocurriendo en nuestro tiempo y que ninguno de los acontecimientos de la Historia deja de tener su lugar en el programa divino. La grande y noble enseñanza de la Biblia está relacionada con todo el tema del mundo y su destino.

En el libro del profeta Habacuc tenemos una perfecta ilustración de esto. El profeta afronta el problema de la Historia de una manera sumamente interesante; no como una teoría académica o un enfoque filosófico de la Historia, sino como la perplejidad personal de un hombre, que en este caso es el propio profeta. Escribió este libro para relatar su propia experiencia. Aquí tenemos a un hombre que estaba muy perturbado por lo que estaba ocurriendo. Estaba ansioso por poder reconciliar lo que estaba viendo con lo que él creía. El mismo enfoque del problema se encuentra en otros pasajes de la Biblia, particularmente en los Salmos¹, y cada uno de los profetas trata este mismo problema de la Historia. Pero no sólo los libros del Antiguo Testamento se ocupan de él; el lector atento lo hallará también a través de todo el Nuevo Testamento. Encontrará que el Señor está dando su visión previa de la Historia, y en el libro del Apocalipsis hallará otra visión anticipada de la misma y de la relación de nuestro Señor resucitado y de la Iglesia cristiana, con esa Historia. Deberíamos tomar conciencia de que “el problema de la Historia” es el gran tema de las Sagradas Escrituras.

Al enfocar el estudio del libro de Habacuc podemos, en primer lugar, considerar la situación que el profeta enfrentaba, personalmente. Luego podremos proceder con la deducción de ciertos principios. De esta manera veremos que, en esencia, todo lo que le causaba ansiedad al profeta es precisamente lo que está preocupando a tantas personas hoy día al procurar relacionar todo lo que está ocurriendo a su alrededor, con la enseñanza de las Escrituras, y particularmente con la doctrina respecto a la persona y el carácter de Dios.

El profeta vio a Israel en una condición de profunda decadencia. Se había apartado de Dios y lo había olvidado. Se había entregado a falsos dioses y a prácticas indignas. No nos sorprende que tuviera que exclamar: “¿Hasta cuándo, oh, Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás? ¿Por qué me haces ver iniquidad, (y está pensando en su propia nación y pueblo) y haces que vea molestia? Destrucción y violencia están delante de

¹ Una de las declaraciones clásicas al respecto aparece en el Salmo 73

mí, y pleito y contienda se levantan. Por lo cual la ley es debilitada, y el juicio no sale según la verdad; por cuanto el impío asedia al justo, por eso sale torcida la justicia” (Hab. 1:2-4).

¡Que cuadro terrible! El pecado, la inmoralidad y el vicio se practicaban en forma desenfrenada, mientras que los que estaban en autoridad y se les había confiado el gobierno eran negligentes e indolentes. No aplicaban la ley con equidad y honestidad. La ilegalidad reinaba por doquier, y cuando alguno se aventuraba a quejarse con el pueblo, tal como lo hizo el profeta, las autoridades se levantaban para sojuzgarlos. La declinación religiosa había producido, como siempre, una degeneración moral y política. Tales eran las condiciones alarmantes que tuvo que enfrentar el profeta Habacuc.

Tal situación constituía un verdadero problema. Por una parte, no podía comprender por qué Dios lo había permitido. Había estado orando a Dios por el problema, pero Dios no parecía responderle. De ahí su perplejidad cuando dice: “¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás?”. Desafortunadamente para el profeta, esto era sólo el principio de sus problemas, pues a continuación de su queja de que Dios no le había oído o contestado sus plegarias, Dios sí le contestó pero de una manera totalmente inesperada. “Mirad entre las naciones, y ved, y asombraos; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la creeréis. Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas” (Hab. 1:5,6). Virtualmente Dios le decía al profeta: Muy bien, he estado escuchando tus ruegos todo el tiempo y ahora te diré lo que voy a hacer. ¡Voy a levantar a los caldeos! Los caldeos eran para esa época un pueblo muy insignificante comparado con los asirios quienes fueron los grandes contemporáneos de Israel. Así tenemos que Habacuc, ya perplejo con el hecho que Dios había permitido la iniquidad en su propia nación tiene que oír la declaración de parte de Dios, de que Él propone levantar un pueblo totalmente pagano e impío, para conquistar la tierra de Israel y castigar a su pueblo. El profeta quedó totalmente abrumado. Este es el problema que hemos de estudiar en los próximos capítulos.

BOSQUEJO DEL LIBRO DE HABACUC

- a) En el capítulo 1:5-11 Dios le dice al profeta lo que está por hacer. Revela el poder del terrible enemigo de Israel y la devastación que dejará detrás de sí. Describe la arrogancia del enemigo y su orgullo al atribuir a su dios y a su propia grandeza, el secreto de su éxito.
- b) Desde el capítulo 1:12 hasta 2:1 vemos la manera en que el profeta lucha con este problema. El resto del capítulo está dedicado al proceder benévolo de Dios con Habacuc, y la manera en que Él le permite entender la situación global. Dios le da una maravillosa intervención de la filosofía bíblica y de la historia de cómo estas dos cosas deben reconciliarse con su santidad y grandeza, y como, finalmente, todo será consumado a la perfección.
- c) El capítulo 3 describe la reacción del profeta ante esta revelación.

CAPITULO I

EL EXTRAÑO PROCEDER DE DIOS

Habacuc 1:1-11

El mensaje de Habacuc es muy necesario en estos días en que tantas personas están perplejas ante el problema de la Historia. Por lo tanto, comenzamos con la afirmación de los hechos:

1. LAS FORMAS DE ACTUAR DE DIOS SON CON FRECUENCIA MISTERIOSAS

a) *Su Inactividad*

Lo primero que descubrimos cuando estudiamos las acciones de Dios, es que *pareciera estar en silencio e inactivo en circunstancias provocativas*. ¿Por qué permite Dios que ocurran ciertas cosas? ¿Por qué la iglesia cristiana esta hoy en esta condición? Observemos su historia en los últimos cuarenta o cincuenta años. ¿Por qué ha permitido Dios estas condiciones? ¿Por qué ha permitido el surgimiento del modernismo con su efecto negativo sobre la fe, cuando debieran estar proclamándola? ¿Por qué permite que se hagan tantos males *en su nombre*?

Por otra parte ¿Por qué no ha respondido Dios a las oraciones de su pueblo fiel? Hemos estado orando por un avivamiento por muchos años. Nuestras oraciones han sido sinceras y celosas. Hemos lamentado el estado de cosas y hemos clamado a Dios. Sin embargo, parece que nada ocurre. Al igual que Habacuc, muchos se preguntan: “¿Hasta cuándo, oh, Jehová, clamare y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás?”. Este no es sólo el problema que acosa a la iglesia en general, sino también la preocupación que enfrentan muchos en forma personal. Hay quienes han estado orando por un ser querido por muchos años, y Dios parece no responder. Razonan dentro de sí de esta manera: ¿No es acaso la voluntad de Dios que se salve? He está orando por

esta persona por todos estos años y parece que nada ocurre. ¿Por qué? ¿Por qué permanece Dios en silencio? Muchas veces esta impaciencia se apodera de los creyentes. ¿Por qué no contesta Dios nuestras oraciones? ¿Cómo podemos entender que un Dios santo permita que su Iglesia esté como lo ha estado hoy?

b) *Sus Providencias inesperadas*

La siguiente cosa que descubrimos es que *a veces Dios responde a nuestras oraciones en forma inesperada*. Esto, más que nada, fue lo que espantó a Habacuc. Por un largo tiempo, Dios parece no responder en absoluto. Luego, cuando contesta, lo que dice aparenta ser más misterioso aún que su aparente negación a escuchar nuestros ruegos. Habacuc tenía bien claro en su mente que lo que hacía falta era que Dios castigara a la nación y que luego enviara un gran avivamiento. Cuando Dios le dijo que iba a levantar al ejército caldeo para arrasar y destruir las ciudades de Israel, esto fue sin duda lo último que hubiera imaginado Habacuc. Sin embargo, esto fue lo que Dios le dijo y más aún, fue lo que en efecto ocurrió.

John Newton escribió una poesía que describe una experiencia personal similar. Él sentía que quería algo mejor en su vida espiritual. Clamaba por un conocimiento más profundo de Dios. Él esperaba tener una maravillosa visión de Dios rompiendo los cielos y descendiendo para derramar la bendición en su vida. Sin embargo, en lugar de esto Newton tuvo una experiencia durante la cual, por varios meses, parecía que Dios le había abandonado en las manos de Satanás. Fue tentado y probado más allá de su comprensión. Finalmente llegó a entender y vio que esa era la manera en que Dios respondió a su oración. Dios había permitido que descendiera hasta lo profundo para enseñarle a depender enteramente de Él. Cuando Newton aprendió esta lección, Dios le sacó de la prueba.

Todos tenemos la tendencia de indicarle a Dios cómo debe responder a nuestras oraciones. Pensamos que Dios sólo puede actuar de una manera, pero las Escrituras nos enseñan que a veces Dios nos responde permitiendo que la situación se empeore antes de que pueda mejorar. En algunas oportunidades hace exactamente lo opuesto de lo que nosotros anticipamos. Quizás nos llegue a abrumar enfrentándonos con un ejército caldeo. Un principio fundamental en

la vida y el andar de fe es que debemos siempre estar preparados para lo inesperado, cuando estamos en relación con Dios.

Me pregunto a veces qué hubieran pensado nuestros antepasados si hubieran tenido una visión de la condición en que llegaría a estar la Iglesia². Aun en su tiempo, no estaban del todo felices con la condición de la Iglesia, pues celebraban reuniones para buscar a Dios y rogar por un avivamiento. Si pudieran ver la iglesia en el día de hoy, se rehusarían a créelo. Jamás podrían haber imaginado que la Iglesia podría llegar a un nivel tan bajo. Sin embargo, Dios lo ha permitido. Es una respuesta inesperada, pero debemos aferrarnos a la esperanza de que Él ha permitido que las cosas empeoren, para que finalmente mejoren.

c) *Sus instrumentos Inusitados*

La tercera característica sorprendente del proceder de Dios es que *a veces utiliza instrumentos extraños para corregir a la iglesia y a su pueblo*. De todos los pueblos contemporáneos de Israel, los caldeos serían los que Dios habría de utilizar para su castigo. ¡Tal hecho parecería inconcebible! Pero nuevamente nos encontramos ante un hecho que se evidencia a través de todas las Escrituras. Si Dios lo desea, puede utilizar también a un caldeo impío. En el curso de la Historia vemos que ha utilizado toda suerte de instrumentos insólitos para llevar acabo sus propósitos. Este es un factor de relevancia en nuestros días, pues parece ser, de acuerdo a la Biblia, que mucho de lo que está aconteciendo ahora en el mundo debe ser reconsiderado bajo esta luz. Podríamos dar un paso más, y decir positivamente que el comunismo, que es tan temido por tantos cristianos, no es más que un instrumento que Dios está utilizando en su proceder para con su pueblo.

La importancia de todo esto descansa en el hecho de que si no observamos estas cosas correctamente, nuestras oraciones estarán mal concebidas y dirigidas. Debemos tomar conciencia del real estado de la iglesia y reconocer su iniquidad. Debemos comprender que las fuerzas que hoy más antagonizan con la Iglesia, sean posiblemente utilizadas por Dios para su propio propósito.

² N. del T.: El autor, al escribir, tenía presente la declinación espiritual de la Iglesia en Inglaterra con relación al siglo anterior.

La sencilla enseñanza de Habacuc es que Dios puede utilizar instrumentos muy extraños, en algunos casos, uno que jamás hubiéramos considerado.

2. LAS FORMAS DE ACTUAR DE DIOS SON, CON FRECUENCIA, MAL ENTENDIDAS

a) Por personas religiosas pero negligentes

Las acciones de Dios con frecuencia dejan perplejos y sorprenden a más de una clase de personas. Son, en primer lugar, una gran sorpresa para los más negligentes entre los religiosos. En Habacuc 1:5 Dios se refiere a los impíos de Israel, a aquellos que se habían tornado negligentes y descuidados. “Mirad entre las naciones, y ved, y asombrados; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contara, no lo creeréis”. La actitud del pueblo fue: Este profeta nos quiere decir que Dios va a utilizar a los caldeos. ¡Como si Dios pudiera hacer algo semejante! No lo escuchen; no hay peligro alguno. Estos profetas siempre son alarmistas y nos amenazan con calamidades. ¡Quién jamás va a pensar que Dios puede levantar a un pueblo como los caldeos para castigar a Israel! ¡Es absolutamente imposible! El gran problema de Israel es que nunca quiso oír a sus profetas. Sin embargo, Dios procedió con su pueblo tal cual lo había dicho.

La actitud que encontramos en Israel es tan vieja como el diluvio. Dios advirtió al mundo antiguo acerca del juicio por medio de Noé. “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre” (Gn. 6:6). Los hombres se mofaron y dijeron que tal cosa era monstruosa y no podía ocurrir. Lo mismo ocurrió con Sodoma y Gomorra. Personas complacientes jamás podrían creer que sus ciudades serían destruidas. Decían que Dios habría de intervenir antes de que tal cosa aconteciera, y permanecieron en su indolencia en la esperanza que Dios les libraría sin muchos problemas. En el tiempo de Habacuc, la actitud era la misma. A pesar de lo que el pueblo pensaba, Dios *levantó* a los caldeos, e Israel fue atacado y conquistado. La nación fue aplastada y llevada en cautiverio.

La ilustración más notable de este principio, está registrada en Hechos 13:41, donde el apóstol Pablo cita Habacuc 1:5 y lo aplica a sus contemporáneos. En efecto declara: Ustedes no van a creer, como tampoco lo hicieron sus padres,

pero así como Israel no ha conocido a su Mesías, sino que lo ha crucificado, y ahora persiste en no creer su evangelio, Dios va a obrar finalmente en un juicio. Él va a levantar el imperio romano para saquear y destruir su templo, y ustedes mismos van a ser desparramados entre las naciones. Sé que creerán esto, pues el profeta Habacuc ya lo ha profetizado y ustedes persisten en ignorar este mensaje. El año 70 d.C. llegó inexorablemente, y las legiones romanas rodearon a Jerusalén y la destruyeron y los judíos fueron esparcidos entre las naciones donde permanecen hasta el día de hoy. Es verdad que las personas religiosas negligentes, nunca creen a los profetas. Siempre dicen: ¡Dios no va a hacer tal cosa! Yo les estoy recordando que Dios *sí* hace tales cosas. Dios puede estar utilizando al comunismo en nuestro tiempo para castigar a su propio pueblo y enseñarles una lección. No sigamos entonces en una actitud de indolencia y despreocupación, diciendo que es inconcebible que Dios utilice tal instrumento. No debemos permitir que nos arrullen como los que habitan confiados en Sion y fracasan en discernir las señales de los tiempos.

b) *Por el mundo*

En segundo lugar, las acciones de Dios causan sorpresa al mundo. “Luego pasará como el huracán, y ofenderá atribuyendo su fuerza a su dios” (Hb 1:11). Los caldeos no comprendieron que estaban siendo utilizados por Dios y atribuyeron todo su éxito a su propio dios. Pensaban que debían su victoria a su propia hazaña militar, y se jactaban del hecho. Estos arrogantes poderes que han salido utilizados por Dios para el cumplimiento de sus propósitos a través de la Historia, siempre se han jactado de sus logros. El orgullo del mundo moderno en su progreso científico y en sus sistemas políticos es un típico ejemplo. Al ver los enemigos de la fe cristiana que la Iglesia languidece, y ellos están ascendiendo, atribuyen los éxitos “a su dios”. No llegan a comprender el verdadero significado de la Historia. Grandes poderes se han levantado y han dominado por un tiempo, pero siempre se han embriagado con sus propios éxitos. Repentinamente cuando menos lo esperaban, se encontraron a sí mismos derribados. El verdadero significado de la Historia jamás amanece en sus discernimientos.

c) Por el propio profeta

Finalmente, el proceder de Dios fue desconcertante para el mismo profeta, pero su reacción fue muy distinta. Su pregunta se relacionaba con la manera en que todo esto estaría reconciliado con la santidad de Dios. Exclama: “¿Hasta cuándo, o Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás? ¿Por qué me haces ver iniquidad, y haces que vea molestia? Destrucción y violencia están delante de mí, y pleito y contiendas se levantan”.

3. EL PROCEDER DE DIOS ENCUENTRA RESPUESTAS EN PRINCIPIOS BÍBLICOS

A manera de respuesta a este problema de historia, será suficiente establecer los siguientes principios bíblicos:

a) La Historia está bajo el Control Divino

“Por qué he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa”. Dios no solo controla Israel, sino también a sus enemigos, los caldeos. Toda nación de la tierra está bajo la mano de Dios, pues no hay poder en este mundo que no esté en última instancia, controlado por Él. Las cosas no son lo que aparentan. Los caldeos pensaban que su astuta proeza militar los había conducido al dominio, pero no fue así, porque fue Dios quien los levantó. Dios es el Dios de la Historia. Está sentado en los cielos y “las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas” (Is.40:15). La Biblia afirma que Dios está sobre todo. Él comenzó el proceso histórico, lo está controlando, y lo va a concluir. Nunca debemos perder de vista este hecho crucial.

b) La historia sigue un Plan Divino

Las cosas no ocurren al azar. Los acontecimientos no son accidentales, pues existe un definido plan de Historia; y todo ha estado pre-dispuesto desde el principio. Dios, quien ve el fin desde el principio, tiene en todo un propósito y

conoce “los tiempos y las sazones” (Hch. 1:7). Él sabe cuándo bendecir a Israel y cuando no bendecirle. Todo está debajo de su mano. Dios envió a su Hijo, “cuando vino el cumplimiento de los tiempos” (Ga. 4:4). Permitió que los grandes filósofos, con su claridad de pensamiento, vinieran primero. Luego surgieron los romanos, célebres por su gobierno ordenado, la construcción de caminos y su maravilloso sistema legal que influenció a todo el mundo. Fue después de esto que Dios envió a su Hijo. Dios lo había planeado todo.

Existe un propósito en la Historia, y lo que ahora está ocurriendo en el siglo XX no es accidental. Recordando que la Iglesia está en el centro del plan de Dios, jamás lleguemos a olvidar el orgullo y la arrogancia de la Iglesia en el siglo XIX. Observémosla descansando con autosatisfacción, disfrutando sus así llamados “sermones culturales” y sabiondos ministerios, sintiendo vergüenza de mencionar palabras tales como “conversión” y “obra del Espíritu”. Observemos su prosperidad y cómo disfrutaban cómodamente de su culto. Notemos su fe en la ciencia y su alegre disposición de sustituir filosofía por revelación. ¡Con cuanta frecuencia se negó al mismo espíritu del Nuevo Testamento! Sí, la iglesia necesitaba el castigo, y no es nada difícil entender al siglo XX cuando consideramos la historia del siglo XIX. En efecto, en todas estas cosas hay un plan discernible.

c) *La Historia sigue un Cronograma divino*

Dios no se detiene a consultarnos y todo acontece de acuerdo con el “designio de su voluntad” (Ef. 1:11). Dios tiene su tiempo; tiene su propia manera de hacer las cosas, y actúa de conformidad con ellos.

d) *La Historia está Ligada al Reino Divino*

La clave de la Historia del mundo es el Reino de Dios. La Historia de las otras naciones mencionadas en el Antiguo Testamento, es de relevancia sólo cuando está asociada con el destino de Israel. En última instancia, la Historia hoy, sólo es de importancia en la medida de su relación con la Iglesia Cristiana. Lo que realmente importa en el mundo, es el Reino de Dios. Desde el principio, desde la caída del hombre, Dios ha estado obrando para establecer un nuevo Reino en el mundo. Es su propio Reino, y está llamando a personas para que salgan del

mundo y entren en ese Reino. Todo lo que acontece en el mundo está relacionado con este, su propósito central. Todavía está en su proceso de formación, pero finalmente llegará a su perfecta consumación. Otros eventos cobran importancia en la medida en que estén asociados con este evento. Los problemas de hoy sólo se han de entender a la luz de este propósito. Lo que Dios está permitiendo en la Iglesia y en el mundo hoy, está relacionado con su gran propósito para su Iglesia y su Reino.

Por lo tanto, no tropecemos cuando vemos que ocurren cosas sorprendentes en el mundo. Más bien, hagamos la siguiente pregunta: ¿Cuál es la relación de este evento con el Reino de Dios? De igual manera, si nos ocurren cosas extrañas en la esfera personal, no nos quejemos, si no digamos: ¿Qué me está enseñando Dios por medio de esto? ¿Qué hay en mí que necesita ser corregido? ¿Dónde he procedido mal? ¿Por qué está permitiendo Dios estas cosas? Sin duda que en todo hay un significado si tan sólo podemos llegar a verlo. No es necesario turbarse y dudar del amor y la justicia de Dios. Si Dios contestara algunas de nuestras oraciones enseguida, y a nuestra manera, seríamos cristianos muy empobrecidos. Afortunadamente, Dios a veces demora su respuesta a fin de proceder a la eliminación de nuestro egoísmo u otras cosas que no debieran estar en nosotros. Tiene interés en nosotros, y se propone equiparnos para un lugar de mayor plenitud en su Reino. Debemos entonces juzgar cada evento a la luz del grande, eterno y glorioso propósito de Dios.

CAPÍTULO II

LA PERPLEJIDAD DEL PROFETA

Habacuc 1:12 – 17 (especialmente versos 12 y 13)

Es importante que el cristiano no solo lea los periódicos y entienda algo de lo que está aconteciendo en el mundo, sino que también comprenda el significado de los eventos. Existen en nuestros tiempos grandes peligros que amenazan a la iglesia y, a no ser que tenga cuidado, corre peligro, como Israel en el pasado, de entrar en alianzas políticas con el fin de impedir lo que Dios ha ordenado. Es esencial que la iglesia no analice los problemas con un ojo político, sino que aprenda a interpretarlos espiritualmente, y entenderlos a la luz de las instrucciones que Dios le ha dado a ella. Lo que al hombre natural le resulta aborrecible y aún desastroso, puede ser precisamente el medio que Dios está utilizando para castigarnos y restaurarnos a una correcta relación con Él. De modo que no debemos apresurarnos para arribar a conclusiones que no sean las precisas.

1. LA IMPORTANCIA DE LOS MÉTODOS DE ENFOQUE

La mayoría de los problemas y perplejidades de la vida cristiana se originan en la falta de un adecuado *método* de enfoque. Es mucho más importante conocer la forma de enfocar los problemas, que tener una respuesta inmediata para cada problema en particular.

Los hombres habitualmente quieren una respuesta clara para cada asunto específico, pero la Biblia no siempre nos da lo que queremos en ese sentido. Sin embargo, nos enseña un método. Somos muy propensos a dejar cundir el pánico y a buscar conclusiones rápidas cuando ocurre lo inesperado y cuando Dios está procediendo en nosotros de una manera inusual. En el Salmo 73 se nos señala el peligro de hablar inadvertidamente con nuestros labios. Al ver ciertos males el salmista exclamó: “Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia” (Sal. 73:13). ¿Había entonces algún beneficio en comportarse piadosamente? Repentinamente recapacitó y dijo: “si dijera yo:

Hablaré como ellos...” reconociendo que había hablado desacertadamente con sus labios. Había comenzado a hablar sin antes pensar.

En esta situación debemos buscar la manera correcta de actuar. El problema puede presentarse en el área personal, o bien puede ser de alcance nacional, o también, como ciudadanos de este mundo, en la esfera más amplia de los acontecimientos históricos. De manera que vamos a analizar cuidadosamente este perfecto ejemplo de método de enfoque que encontramos, entre tantos otros, en la Biblia.

2. LA DESCRIPCIÓN DEL MÉTODO

a) Tiempo Para Pensar

La primera regla consiste en pensar en lugar de hablar. “Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse” (Sgo 1:19). Nuestra dificultad está en que somos prontos para hablar, prontos para airarnos y tardos para pensar. Sin embargo, según este profeta, lo primero que debemos hacer es ponderar. Antes de expresar nuestras reacciones debemos disciplinarnos para pensar. Quizá aparente ser superfluo el énfasis que damos a esto, pero bien sabemos todos que es precisamente aquí donde nos descarrilamos.

b) Establecer Principios Básicos

La regla siguiente es que cuando comenzamos a pensar, no debemos encarar el problema inmediato. Debemos volver hacia atrás y aplicar la estrategia del enfoque indirecto. Este es un enfoque muy conocido en la estrategia militar. En la segunda guerra mundial el enemigo común era Alemania, pero los países aliados comenzaron a derrotar a Alemania en África del norte, o sea que utilizaron la estrategia del aproximamiento indirecto. Este método de acercamiento es de vital importancia en la vida espiritual, sobre todo cuando nos enfrentamos con un problema como el que tenemos delante nuestro. Necesitamos comenzar pensando más atrás, y aproximarnos al problema en forma indirecta.

Debemos traer a nuestra memoria aquellas cosas de las cuales estamos absolutamente seguros, cosas que están fuera de toda duda o disputa. A veces

ayuda si nos sentamos y escribimos para nuestro propio provecho algo semejante a lo que sigue: En esta terrible y perpleja situación en que ahora me encuentro, sé, que por lo menos en un aspecto, estoy pisando en tierra firme. Cuando estamos trepando montañas, a veces nos encontramos con piedras sueltas o tierra movediza y la única forma de seguir adelante es buscando un punto donde podamos afirmar nuestros pies con seguridad. La única forma de avanzar es buscando bases firmes donde apoyarnos. De igual manera, ante problemas espirituales, debemos retornar a los principios absolutos y eternos. La psicología³ de esto es evidente, pues tan pronto volvamos a principios básicos, comenzaremos a perder el sentido de pánico y desesperación. Es una gran cosa el poder reconfortar nuestras almas con aquellas verdades que están fuera de toda disputa.

c) Aplicar los Principios al Problema

Habiendo hecho esto, podemos tomar el paso siguiente y colocar el problema particular dentro del contexto de aquellos firmes principios que nunca hemos puesto en duda. Es un hecho indiscutido que solo puede encontrarse solución a los problemas si se ubican dentro del contexto correcto. La manera de interpretar un pasaje difícil de las Escrituras, es considerarlo dentro de su contexto.

Con frecuencia confundimos el significado de una frase porque la sacamos de su contexto, pero cuando la analizamos correctamente, generalmente descubrimos que el contexto interpreta al texto acertadamente. Lo mismo es aplicable al problema particular que puede entrar causando ansiedad o preocupación.

³ Aquí la palabra “Psicología” tiene la función de comunicar “mentalidad, manera de sentir pensar o comportarse, de una persona o colectividad”, no se refiere a la rama de conocimiento que pretende estudiar y entender el alma del hombre por fuera de la Palabra de Dios. Entiéndase “Psicología” así de ahora en adelante. En la Página 50 y 51 se habla de Psicología como esa rama del saber.

d) Si Persisten las Dudas, Encomendar el Problema a Dios con Fe

Esto nos conduce al último paso del método. Si todavía persistimos en la incertidumbre y no tenemos una respuesta clara, debemos llevarlo sencillamente a Dios en oración y dejarlo allí, con Él. Esto es lo que el profeta hizo, según 1:13. En el verso 12 y la primera parte del 13, encontramos que el profeta continuaba en la perplejidad y en consecuencia llevó el problema a Dios, y allí lo dejó.

Una vez que establecemos el método correcto, lo podemos aplicar a cualquier problema, ya sea en los tratos de Dios con una nación, a los problemas mundiales o a dificultades personales. Sea cual fuere el problema, debemos detenernos a pensar, establecer cuáles son los principios básicos, e introducir el problema dentro de ese contexto. Si todavía persiste la dificultad, llevarlo a Dios y dejarlo allí.

Observemos ahora cómo el profeta aplicó este método a los dos problemas que le aquejaban, es decir, la aparente debilidad y derrota de Dios, y como reconciliar el carácter santo de Dios con su uso del ejército caldeo.

3. EL PROBLEMA DE LA INACTIVIDAD DE DIOS

El pueblo se estaba preguntando, por qué Dios permitía que el ejército caldeo actuara a su antojo y con resultados tan devastadores. ¿Era impotente ante el poder del enemigo? Hoy en día, muchos preguntan por qué Dios ha permitido que existan la “alta crítica”⁴ y otras influencias que debilitan y producen disturbios en la mente de muchos. ¿Por qué tolera estas cosas? ¿Por qué no interviene? ¿Es porque no puede? ¿Por qué permite las guerras?

⁴ *Alta crítica*: Hace referencia al movimiento originado en el siglo XIX, basado en el liberalismo teológico y la investigación científica de los documentos bíblicos en lo relativo a cuestiones tales como su autoría, su composición, su periodo histórico (trasfondo socio-cultural) y su propósito. El liberalismo teológico o modernismo tiene como rasgo distintivo, el deseo de adaptar ideas religiosas a la cultura moderna y sus modos de pensamiento.

a) Dios es Eterno

Después de mencionar la dificultad, el profeta dice: “¿No eres tú desde el principio?” (1:12). Él está estableciendo un principio. Está olvidando por un momento el problema inmediato, y preguntándose a sí mismo acerca de cosas relacionadas con Dios y de las cuales él estaba seguro. La primera fue: “¿No eres tú desde el principio?”. Anteriormente había dicho que el ejército caldeo, inflado por su éxito, atribuiría su poder a su dios, y en el momento de expresar esto comenzó a pensar. Su dios. ¿Quién es su dios? Algo que ellos mismos habían hecho. Este Bel era de su propia manufactura (comp. Isaías. 46). Al pensar en esto recordó algo de lo cual estaba seguro. Dios es el Dios eterno, el Dios que vive para siempre, desde la eternidad y hasta la eternidad. No es como los dioses que los hombres adoran. No es como el dios del orgulloso ejército caldeo. Él es el Dios desde la eternidad y hasta la eternidad; el Dios eterno. Cuando estamos oprimidos por los problemas de la Historia y preocupados por lo que va a ocurrir en el mundo, no hay nada que traiga más consuelo al alma, o que afirme más nuestros pies que acordarnos que el Dios a quien adoramos está fuera del flujo de la Historia. Él ha precedido a la Historia y ha creado la Historia. Su trono está por encima del mundo y fuera del tiempo. Él reina eternamente; es el Dios eterno.

b) Dios Existe de Sí Mismo

Luego, agrega algo más. “¿No eres tú desde el principio, oh Jehová?”. Utiliza el gran nombre “Jehová”. Este nombre nos dice que Dios es auto-existente, el eterno YO SOY. Si Dios le dijo a Moisés: “Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros” (Ex. 3:14). El nombre “Yo soy el que yo soy” significa: “Yo soy el ser absoluto, el que existe de Sí mismo”. Aquí tenemos un segundo principio vital. Dios no depende en manera alguna de lo que ocurre en el mundo, sino que es auto-existente dentro de sí mismo. No sólo es independiente del mundo, sino que no hubiera tenido necesidad de crearlo si no fuera por su soberana voluntad. La grandiosa verdad relacionada con la trinidad es que una vida eternamente auto-existente reside en la divinidad - Padre, Hijo, Espíritu Santo. Aquí nuevamente tenemos algo que nos inspira seguridad. Podemos estar seguros de que Dios no depende de este mundo, sino que es auto

existente; Él es Señor, Él es Jehová, el gran YO SOY. Así el problema empieza a disiparse.

c) *Él es Santo*

A continuación el profeta recuerda que otro atributo absoluto de Dios es la santidad. “¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, Dios mío, Santo mío?”. Está seguro, no solo de su eternidad, no solo de su auto-existencia, y su independencia de todo otro factor o persona externa, sino también está seguro que Él es el “Santo”, el absolutamente justo y santo, un “fuego consumidor”. “Dios es la luz y no hay ningunas tinieblas en él”. Al considerar Escrituras como éstas, de inmediato nos vemos impulsados a decir: “El Juez de toda la tierra, ¿va a fallar una injusticia?” (Gn. 18:25 B.J.). Tal posibilidad es inconcebible.

d) *Dios es Todopoderoso*

Luego sigue esta proposición de Habacuc. Continúa diciendo: “Oh Jehová, para juicio lo pusiste; y tú, oh Roca, lo fundaste para castigar”⁵. De manera que hay otra cosa de la cual está seguro, y es que Dios es todopoderoso. La palabra Roca nos sugiere la idea de la fuerza y la potencia de Dios. El Dios que creó todo el mundo de la nada, el Dios que Dijo: “Sea la luz” y hubo la luz: este Dios tuvo poder absoluto. Tiene fuerza ilimitada. Él es “La Roca”.

e) *Dios es Fiel*

Hay aún una proposición que el profeta hace respecto a Dios y que en muchos sentidos es la más importante de todas, dentro del contexto del problema que enfrenta, “¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, Dios mío, santo mío? No moriremos”. Él se está acordando que Dios es el Dios del pacto. Aunque es independiente y absoluto, eterno, todopoderoso, justo y santo, sin embargo, ha condescendido a hacer un pacto con los hombres. Hizo un pacto con Abraham, el cual el profeta se está refiriendo aquí, y lo renovó con Isaac y Jacob. Lo volvió a renovar con David, y era este pacto el que le daba base a Israel para volverse

⁵ La versión moderna lo traduce: “le has establecido para la corrección”.

a Dios y decir: “Dios mío, Santo mío”. El profeta recuerda que Dios había dicho “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo” (Lev. 26:12). Para aquellos santos varones de Dios, los profetas, y todo el que tenía discernimiento espiritual en Israel, este factor tenía más relevancia que todos los demás. Si bien creían en los eternos atributos de Dios, podrían quedar congelados por el pensamiento que ese Dios estaba lejos en los cielos e indiferente a sus necesidades. Sin embargo, lo que los unía a Él era el conocimiento de que Él era un Dios fiel que guardaba su pacto. Dios había comprometido su palabra y jamás dejaría de cumplirla. El profeta Habacuc, al pensar en el pacto, puede decir: “Dios mío, Santo mío” y añade: “No moriremos”. No importa qué desastres realizará el ejército caldeo, jamás podría exterminar a Israel, precisamente porque Dios había hecho promesas a su pueblo que jamás dejaría de cumplir.

Habiendo expuesto sus proposiciones el profeta procede ahora a colocar su problema dentro del contexto de aquellos atributos absolutos y eternos. Esto es lo que dice: “para juicio lo pusiste... le has establecido para la corrección” (comp. V.M.). Arriba a su respuesta respecto a los caldeos, razonando de esta manera: Dios los debe estar levantando para el bien de Israel; de esto estoy absolutamente seguro. No es que los caldeos han tomado la justicia por su cuenta, ni que Dios sea incapaz de restringirlos. Esto es imposible en vista de las proposiciones que he considerado y que son absolutas. Dios solo los está utilizando para su propio propósito. *“Para juicio lo pusiste... le has establecido para corrección”*, y está llevando a cabo estos objetivos. No lo entiendo completamente, pero estoy bien seguro que no seremos exterminados. Este no será el fin de la historia de Israel si bien por la descripción hecha, muy pocos de nosotros quedaremos y seremos llevados a cautiverio. Sin embargo, quedará un remanente, pues el Todopoderoso es aún Dios, y está utilizando a los caldeos para hacer algo que contribuye al propósito del pacto. Dios no está demostrando debilidad, no está siendo derrotado. En virtud de lo que Dios es, está haciendo esto para su propio y gran objetivo.

4. CÓMO RECONCILIAR EL CARÁCTER SANTO DE DIOS CON SU USO DEL EJÉRCITO CALDEO

Abordemos ahora el segundo problema. Si Dios es todopoderoso, y está en pleno control de los acontecimientos, ¿cómo podemos reconciliar estos eventos con la santidad de su carácter? Si reconocemos el poder de Dios y admitimos que los caldeos no son más que instrumentos en sus manos y que sus éxitos no se deben a su dios, todavía nos resta preguntar: ¿Cómo puede un Dios santo, permitir que estas cosas ocurran? Habacuc vuelve a aplicar el mismo método que utilizara anteriormente.

a) Un Dios Santo Odia el Pecado y No Puede Cometer Maldad

Comienza diciendo: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (1:13)⁶. Puedo estar inseguro sobre muchas cosas, pero estoy cierto que Dios no puede ver el mal sin odiarlo. Lo detesta. Todo el mal que existe en el mundo, le es completamente aborrecible debido a su pureza. Sus ojos son demasiado puros para mirar la maldad en forma complaciente. Dios y el mal son eternos enemigos. Cualquier cosa injusta o cruel no tiene cabida en el carácter de Dios. No existe la más mínima posibilidad de hallar injusticia en Dios. Él no tienta al hombre, ni tampoco puede ser tentado con el mal. “Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Jn. 1:5).

Habiendo afirmado esta verdad, se torna de inmediato hacia la dificultad que lo aqueja. Si esto es verdad, oh Dios, dice él, “¿Por qué ves a esos menospreciadores y callas cuando destruye el impío al más justo que él?”. ¿Cómo podía Dios permitir que los caldeos hicieran esto a su propio pueblo? Los compatriotas de Habacuc eran, sin duda, malos, pero los caldeos eran peores. En términos contemporáneos diríamos: Reconozco que la iglesia ha estado en decadencia por muchos años, pero los comunistas son ateos. ¿Cómo puede Dios permitir las cosas que están ocurriendo? O si deseamos aplicarlo a lo personal, los hombres con frecuencia protestan de esta manera: Reconozco que no soy todo lo que debería ser, pero fulano es mucho peor que yo, sin embargo, está prosperando. ¿Cuál es la respuesta?

⁶ La Versión Moderna traduce: “Ni puedes mirar la iniquidad”.

b) Encomiendo Este Problema Insoluble a Dios

En este párrafo particular de la profecía, no hay una respuesta. Para la primer pregunta respecto al poder de Dios Habacuc recibió una respuesta positiva, pero este problema de la santidad de Dios es más difícil. Después de establecer sus factores absolutos, y de llevar el problema a este contexto, todavía no aparece una respuesta clara. En nuestra experiencia esto ocurre con frecuencia. Aplicamos el mismo método que en otros casos funcionó tan bien y sin embargo no logramos la respuesta. ¿Qué debemos hacer en tal caso? Por supuesto que no debemos llegar a una conclusión apresurada y decir: Como no lo entiendo, me pregunto si Dios *es* realmente justo. ¡No! Si aún después de aplicar el método divino de acercamiento al problema no lo entendemos, resta todavía la alternativa de hablarle a Dios acerca del mismo. Nos equivocamos cuando nos hablamos a nosotros mismos y luego a otras personas y preguntamos: ¿Por qué esto? ¿No es extraño? Debemos hacer lo que hizo el profeta: Llevarle el problema a Dios y dejarlo con Él.

c) El Ejemplo del Hijo de Dios

Un creyente puede quedar en esta situación por semanas, meses, o aun años. Con frecuencia ha ocurrido. No obstante, el problema debe ser dejado con el Señor. Este no fue solo el método profético, sino también el Hijo de Dios lo adoptó cuando estuvo en el mundo. Su problema era el ser “hecho pecado” para lograr la salvación del hombre. Él sabía que su Padre podría haberlo librado. Sin embargo, si Él había de ser “hecho pecado” y el pecado debía ser castigado en su cuerpo, significaba que inevitablemente debía ser separado del Padre. Este era el problema y el Hijo de Dios debió enfrentar en Él mismo, la mayor perplejidad de su vida humana sobre la tierra. Si había una cosa de la cual Él se retraía, era el ser separado del Padre. ¿Qué fue lo que hizo? Exactamente lo mismo que Habacuc. Oró y dijo: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt. 26:39). En efecto dijo: No lo entiendo, pero si así lo has determinado, yo estoy dispuesto. Llevó el problema que no podía comprender, a Dios, y allí lo dejó. Podemos decir con reverencia que el Señor Jesús, aunque quizás no comprendía por haber sido hecho hombre,

sin embargo, siguió hacia adelante, confiando que la voluntad de Dios es siempre recta y que un Dios santo jamás mandará hacer algo que esté mal.

CAPITULO III

AGUARDANDO LA RESPUESTA DE DIOS

Habacuc 2:1-3

1. LA ACTITUD DE LA FE

Después de hablarle a Dios acerca de su perplejidad, Habacuc continúa diciendo en el capítulo 2: “Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré el pie, y velaré para ver lo que se me dirá, y qué he de responder tocante a mi queja” (2:1). La última frase puede interpretarse como diciendo: Qué he de responder cuando sea reprochado por los que oyen mi mensaje, o bien: Cuando Dios me reprenda por lo que he dicho, o quizá también: Lo que Él me dirá cuando responda a mi queja. No importa cuál de las tres sea la más exacta pues la consideración que sobresale en este versículo es que Habacuc se da cuenta que lo más importante en este caso es esperar en Dios. No es suficiente orar, decirle a Dios cuál es nuestra perplejidad y echar el peso de nuestra carga sobre Él. Debemos ir un paso más adelante y esperar en el Señor.

a) *Encomendar el Problema a Dios*

¿Qué representa esto en la práctica? En primer lugar, que *debemos despegarnos del problema*. El profeta sugiere esta interpretación al describir una torre puesta sobre un lugar elevado que ofrece un amplio panorama y una gran perspectiva, tales como utilizan los observadores militares para anticipar el avance de tropas enemigas. El vigía está muy por encima de las planicies y de las multitudes de personas, ocupando un lugar desde el cual puede ver todo lo que está ocurriendo. “Velaré para ver lo que se me dirá”. Aquí tenemos uno de los principios más importantes de la psicología de la vida cristiana, y del entendimiento de cómo debemos pelear en los conflictos espirituales. Una vez que hemos llevado el problema al Señor, debemos dejar de preocuparnos. Debemos darle nuestras espaldas y fijar los ojos en el Señor.

¿No es precisamente aquí donde nos descarrilamos? Estamos perplejos y hemos aplicado el método profético de establecer postulados y poner los problemas en el contexto de las proposiciones que hemos establecido. Sin

embargo, no estamos aún satisfechos y no sabemos exactamente qué es lo que debemos hacer. Puede quizá tratarse del problema de qué hemos de hacer con nuestra vida; o un problema que involucra una decisión difícil. Si fracasamos en encontrarle solución, a pesar de haber buscado la dirección del Espíritu Santo, no queda otro recurso que llevarlo al Señor en oración. Sin embargo, con frecuencia ocurre que nos ponemos de rodillas y le decimos a Dios todo lo que nos preocupa; le decimos que no podemos resolver el problema por nuestra cuenta y que no lo entendemos, y le pedimos que Él lo tome en sus manos y nos muestre el camino que debemos seguir, pero tan pronto nos levantamos de la oración, comenzamos nuevamente a preocuparnos por el problema.

Si procedemos de esta manera, sería preferible que no orásemos. Si le llevamos el problema a Dios, debemos dejarlo con Él. No tenemos derecho de seguir entretenidos con el mismo. En su perplejidad Habacuc dijo: Voy a salir de este valle de depresión. Voy a la torre del vigía; voy a subir a las alturas; voy a mirar al Señor y a nadie más. Este es uno de los secretos más importantes de la vida espiritual. Si has encomendado el problema al Señor y persistes en pensar acerca del mismo, significa que tu oración no fue genuina. Si estando de rodillas le dijiste al Señor que habías llegado a un *impasse*; que no podías resolver tu problema y que lo dejabas en sus manos, debes entonces dejarlo allí. Rehústate en forma decidida a pensar acerca de tu problema. No vayas al primer creyente que encuentres a decirle: ¡Sabes, tengo un problema terrible y no sé qué hacer! No lo compartas. Déjalo con Dios y sube a la torre del vigía. Esto no es fácil. Quizás tengamos que proceder con energía y obligarnos a nosotros mismos a adoptar esta actitud. Sin embargo, es esencial. Jamás debemos permitirnos el estar sumergidos por una dificultad o estar encerrados en un problema. ¡Debemos salirnos completamente de él! “Sobre mi guarda estaré, y sobre la fortaleza afirmaré mi pie”. Debemos extraernos deliberadamente, forzarnos a nosotros mismos si esto fuera necesario, separándonos completamente, y luego tomar nuestra posición con firmeza, fijando los ojos en Dios y no en los problemas.

En las Escrituras hay un sinnúmero de ilustraciones de este importante principio de la vida de fe, como así también en muchas biografías de hombres y mujeres de Dios. Mirar al Señor significa no proceder con el problema ni consultar otras personas, sino depender enteramente de Dios y esperar sólo en Él.

Habacuc miró a este problema, pero no vio luz alguna. Se enfrentaba con el problema que Dios iba a levantar a los caldeos, gente mucho peor que los de su propia nación, y los iba a utilizar para sus propósitos. No podría comprenderlo, menos aún reconciliarlo con el carácter santo de Dios, pero sí podía llevarlo a Dios, y así lo hizo. Una vez llevado al Señor, dejó de mirar al problema y fijó su mirada en Él. Esta es la base verdadera de la paz espiritual. Es exactamente lo que Pablo quiso decir en Filipenses: “Por nada estéis afanosos” (4:6,7). No importa cuál sea la causa, nunca te dejes caer en la ansiedad, ni estar apesadumbrado por la preocupación. No tienes derecho de estar turbado; nunca debes llegar a la ansiedad pues esto no sólo paraliza espiritualmente, sino que también nos debilita físicamente. “Por nada estéis afanosos, *sino que en todo sean hechas notorias* delante de Dios, vuestras oraciones por la oración y súplica” (V.H-A)⁷. Como consecuencia, “La paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, será la guardia de vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”. Sube a tu torre, y mantén tus ojos fijos en el Señor. No mires otra cosa y todavía menos a tu problema.

b) Esperar una respuesta de Dios

Debemos dar un paso más aún, y *esperar la respuesta*. Habacuc dice: “Velaré para ver...”. El deber del vigía militar es fijar sus ojos en el horizonte para detectar el más mínimo movimiento de parte del enemigo. Habacuc está buscando la contestación. Con frecuencia fracasamos porque oramos a Dios y luego nos olvidamos. Si pedimos algo de Dios debemos esperar que nos conteste. Después de orar, ¿seguimos mirando al Señor, a la espera de su contestación? ¿Somos como el profeta en su torre, esperando que en cualquier momento llegue la respuesta? Por supuesto que Dios puede contestar de diversas maneras. Por ejemplo, podemos esperar que responda mientras estamos leyendo su Palabra, pues es la manera más común de recibir sus respuestas. Al leer las Escrituras, repentinamente una extraña y maravillosa luz se vierte sobre el problema. Si dices: Esta es la Palabra de Dios, por medio de

⁷ La Versión Moderna lo traduce: “No os afanéis por cosa alguna, sino que, en todas las circunstancias, por medio de la oración y la plegaria, con acciones de gracias, dense a conocer vuestras peticiones a Dios”.

la cual Él habla a los hombres, y espero que me ha de hablar por ella, es muy probable que recibas tu respuesta. Vela y espera.

A veces Dios nos responde directamente a nuestro espíritu. El profeta dijo: “Velaré para ver lo que se me dirá”. Dios se comunica conmigo hablando dentro de mí mismo. Él puede poner un pensamiento sobre nuestra mente de tal manera que estamos seguros de la respuesta. Puede imprimir algo sobre nuestro espíritu de una manera inconfundible. Nos encontramos incapaces de quitar una idea de la mente o el corazón; tratamos de despojarnos de ella pero nos vuelve vez tras vez. Sí, Dios responde a veces de esta manera.

Otra forma de responder a nuestras oraciones es por ordenar en forma providencial las circunstancias que hacen a nuestra vida, de tal manera que nos resulta bien claro lo que Dios nos está diciendo. Dios nunca nos llama a hacer una obra sin que Él abra primero la puerta. Puede que demore mucho tiempo, pero si Dios quiere que hagamos una tarea especial, cerrará otras puertas y dejará una sola abierta. Toda nuestra vida será dirigida hacia esa puerta. Esta es una experiencia muy frecuente en la vida cristiana. Muchas veces permite que surjan obstáculos pero el camino que debemos recorrer queda claramente señalado. La voluntad de Dios nos llega con certeza. El punto crucial es que debemos *estar mirando para ver la respuesta*, y listos para reconocerla cuando venga. Habiendo encomendado el problema al Señor debo esperar su respuesta. Es también conveniente cotejar una indicación de su voluntad en otras indicaciones o circunstancias, pues Dios es consecuente consigo mismo, y en su proceder para con nosotros es lógico que haya una convergencia de las mismas.

c) Velar y aguardar la respuesta

El tercer y último principio que tenemos ilustrado en este pasaje, es que debemos *observar con expectativa y con persistencia*, tal como lo hace el vigía en la torre. Debemos creer firmemente que Dios es siempre fiel a su Palabra y que sus promesas son confiables. Habiéndonos encomendado nosotros mismos y nuestro problema a Dios, debemos persistir en mirar con una convicción tal que nos asegura que Dios con toda certeza nos va a responder. Sería una deshonra para Dios si así no lo hiciera. Si yo creo que Dios es mi Padre, y que los mismos cabellos de mi cabeza están contados, y que Dios tiene mucho más

interés en mi bienestar que yo mismo; si yo creo que Dios tiene mucho más interés en el honor de su grande y santo nombre del que yo tengo, entonces, sin duda sería deshonrarle el no aguardar una respuesta después de orar. Sería indicación de falta de fe. Nada expone con más claridad el carácter de nuestra fe que nuestra conducta y actitud después de haber orado. A veces, en estado de pánico, oramos al Señor; después, una vez que el pánico ha desaparecido, nos olvidamos de todo. Si esperamos con expectativa una respuesta, esto es demostración de fe. El profeta se afirmó en su fortaleza. Aunque no podía comprender las acciones de Dios, le llevó el problema en oración y luego esperó una respuesta.

2. LA FE RECOMPENSADA

La respuesta que recibió Habacuc está contenida en el capítulo 2, versos 2 y 3: “Escribe la visión y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella. Aunque la visión tardará aún por un tiempo, más se apresura hacia el fin y no mentirá, porque sin duda vendrá y no tardará”. Esta lección tiene un valor incalculable. Es una ley absoluta de la esfera espiritual. Si adoptamos el método de Habacuc y nos comportamos como él lo hizo, Dios siempre ha de honrar sus promesas. En efecto, es como si Dios le hubiera dicho: Bien, Habacuc, he oído tu oración, entiendo tu perplejidad y aquí va la respuesta. Los caldeos a quienes yo voy a levantar para castigar a Israel, serán a su tiempo completamente arrasados y destruidos. La grandeza de los caldeos habría de durar poco tiempo. Dios los había levantado con un propósito, pero ellos se atribuyeron la gloria y se infatuaron con su propio poder. Dios entonces actuó y levantó a los medos y persas quienes destruyeron completamente a los caldeos. Dios le dijo al profeta que escribiera la profecía con claridad, de tal manera que cualquiera que la leyera entendiera de inmediato y corriera a obedecer y advertir a otros.

3. LA VERDADERA NATURALEZA DE LA PROFECÍA

Ahora consideraremos a la profecía como tema general. Al aproximarnos a nuestro problema contemporáneo sobre la naturaleza de la Historia y la filosofía bíblica de la Historia, es de primordial importancia comprender la verdadera naturaleza de la profecía. La profecía ocupa un lugar de importancia en las

Escrituras. Entender la naturaleza de la profecía es, sin duda, una de las cosas que más consuelo trae al creyente. La profecía es un elemento básico en relación a la enseñanza de la Biblia respecto a la revelación dada por Dios al hombre. Es por eso que durante los últimos cien años, los ataques hacia la fe cristiana se han centrado en este tema particular. La enseñanza de las Escrituras acerca de los milagros de la Biblia es también un pivote para toda la posición de la verdadera fe evangélica. En consecuencia, el racionalismo se ha ocupado especialmente de negar tanto el enfoque escritural de la profecía, como los milagros de la Biblia, dado que ambos son supremas manifestaciones del elemento sobrenatural en la Historia y en la Biblia.

a) Es la Revelación de Dios para el Hombre

En el libro de Habacuc, la profecía se representa en primer lugar, como algo *revelado por Dios al hombre*. “Escribe la visión... para que se pueda leer corrientemente” (V.M) “Para que se pueda leer de corrido” (B.J.). Dios le reveló a Habacuc lo que iba a acontecer. Los racionalistas (algunos de los cuales se llaman cristianos y ocupan prominentes posiciones en la Iglesia) rechazan la idea de plano. Su explicación de la profecía es que los profetas del Antiguo Testamento eran hombres sencillos pero con genio político, y tenían una particular penetración de los problemas de su tiempo. Ellos rechazan la idea esencial que Dios haya revelado cosas a los hombres. Afirman que los profetas eran profundos pensadores políticos, grandes filósofos, u hombres con intuitiva penetración de los problemas. Admiten, por supuesto, que los profetas fueron hombres excepcionales, pero que poseían, tal como un poeta, una clara percepción. Veían el significado interior de lo que estaba ocurriendo y escribieron lo que vieron. Esta, sin embargo, no es la enseñanza de la Biblia que afirma con claridad que la propia esencia de la profecía es que Dios tomó a ciertos hombres y les dio un mensaje. Por ejemplo, Dios le dijo a Habacuc: Me has traído tu problema y yo te voy a dar una respuesta. Era una revelación divina.

En 2 Pedro 1:20 dice claramente que “ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada”, lo que significa que no es algo que el hombre piensa por sí mismo, que adivina, o que inventa. No es algo que procede de la mente del hombre. La profecía es el resultado de la palabra de los hombres santos que

hablaban a medida que eran movidos o conducidos por el Espíritu Santo. Pedro estaba empeñado en consolar a los creyentes que estaban perplejos, Así como lo estaba Habacuc y como lo estamos muchos de nosotros hoy en día, por lo que estaba ocurriendo, y les instaba a prestar particular atención a la palabra profética. “Tenemos también la palabra profética más permanente” (2 P. 1:19). También debían entender qué significaba la profecía. No era algo que habían imaginado los profetas del Antiguo Testamento, sino algo que habían recibido del Espíritu Santo para transmitir a otros. La profecía no es una interpretación privada de los acontecimientos, sino Dios mismo revelando la verdad a los hombres.

b) Es una Predicción de los Acontecimientos

El segundo elemento que contiene la profecía es el de predicción. Los críticos también objetan esta verdad. Prefieren definir a la profecía no como predicción, sino sólo como una proclamación, o una forma de enseñanza. Por supuesto que la profecía incluye estos dos aspectos de proclamación y enseñanza, pero un hecho esencial respecto de esta forma de enseñanza es que predice lo que va a ocurrir en el futuro. Dios le dijo a Habacuc dos cosas mucho antes de que ocurrieran. Le dijo que iba a levantar a los caldeos, y que después que conquistaran a Israel y llegaran a gozar la supremacía internacional, serían repentinamente destruidos. Debemos insistir en que estos acontecimientos cardinales fueron revelados anticipadamente a los profetas que Dios levantaba de tanto en tanto, para advertir y amonestar a Israel.

c) Es de Cumplimiento Seguro

Hay otro elemento que es de suprema consolación para el creyente, y es que el cumplimiento de la profecía es seguro. “Escribe la visión y escúlpela sobre tablillas... porque la visión todavía tardará *hasta el plazo señalado*... no engañará... porque de *seguro* vendrá” (2:2,3 V.M.). Los acontecimientos predichos son de seguro cumplimiento, en el plazo y tiempo fijados por Dios. “Aunque tardare, aguárdala”. Puede tardar, puede haber demoras, pero nada puede impedir su cumplimiento. “De seguro vendrá”, dijo el Señor. Habacuc

debía decírselo al pueblo. Lo que Dios había prometido sería cumplido con toda certeza. En toda la profecía bíblica, hay una nota de total seguridad.

d) Es de Cumplimiento Exacto

El último elemento de la profecía, quizá el más maravilloso de todos, es que es exacta. “Escribe la visión... que se pueda leer corrientemente (con facilidad)... porque la visión todavía tardará hasta el plazo señalado, bien que se apresura hacia el fin, y no engañará”. Compárese la Biblia de Jerusalén, que dice: “Escribe la visión, ponla clara en tablillas... porque es una visión para su fecha... pues vendrá ciertamente sin retraso”. El tiempo de su cumplimiento ya fue establecido. El momento exacto es determinado por Dios. No llegará tarde. Este es un principio muy vital de la profecía. Dios no sólo predice lo que ha de ocurrir y lo revela a su siervo recordándole que es absolutamente cierto, sino que también agrega que se ha de concretar en el momento exacto que Él ha establecido, y que no llegará ni una fracción de segundo tarde.

Si queremos mantenernos en calma y aun gozosos en estos tiempos difíciles en que nos toca vivir, es vital que apropiemos los grandes principios de la profecía divina. El Antiguo Testamento está lleno de ellas. Notemos cómo Dios predijo el diluvio. Pasaron ciento veinte años y ningún indicio aparecía. La gente se reía de Noé. Pero al tiempo señalado, vino. Así fue también en el tiempo de Sodoma y Gomorra. Había un momento predeterminado divinamente y cuando ese momento llegó, Dios actuó. El ejemplo más notable se encuentra en Abram: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza” (Gn. 15:13,14). Más adelante, en Éxodo 12:40,41 leemos: “El tiempo que los hijos de Israel habitaron en Egipto fue cuatrocientos treinta años. Y pasados los cuatrocientos treinta años, en el mismo día todas las huestes de Jehová salieron de la tierra de Egipto”. ¡Qué exactitud! “En el mismo día”. De igual manera, en el caso de Habacuc, no había un solo segundo de demora. Dios ha establecido el “plazo señalado” (V.M.) o “su fecha” (B.J.). A Jeremías le fue revelado que su nación sería llevada cautiva a Babilonia por 70 años, al fin de los cuales, sería devuelta a su tierra. Todo se cumplió. De igual manera Daniel fue iluminado

por Dios para profetizar con exactitud el tiempo de la venida del Hijo de Dios, el Mesías.

De manera que debemos esperar en el Señor. Él enviará la respuesta. Todo lo que ha establecido se cumplirá con toda seguridad, y en el día y la hora que Él ha fijado.

Para el pueblo cristiano de hoy, tan perplejo por lo que está ocurriendo en la Iglesia y en el mundo, ésta sigue siendo la respuesta de Dios. Él no sólo sabe el curso futuro de la Historia y de su propósito para la Iglesia, sino que también se cumplirá todo lo que ha decretado. A veces puede resultar difícil el interpretar la demora. Sin embargo “para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día” (2 P. 3:8). Espera la visión, es certera, segura y jamás ha de fallar.

CAPITULO IV

EL JUSTO POR SU FE VIVIRÁ

Habacuc 2: 4-20 (Especialmente vs. 4, 14 y 20)

La síntesis del mensaje contenido en el pasaje que va desde el verso 4 hasta el final del capítulo, es que los caldeos, quienes iban a ser utilizados como instrumentos para castigar a Israel, serían también castigados y finalmente derrotados. Dios los estaba utilizando temporalmente, pero su fin estaba sellado. Dios iba a humillar el orgullo de los caldeos y aplicarles un terrible castigo. Los detalles ofrecidos en este pasaje describen la arrogancia y la bajeza de los caldeos con una exactitud que es confirmada por la historia secular. Para entender la enseñanza debemos subrayar ciertos principios que son claramente presentados.

1. LOS EVENTOS HISTÓRICOS DEBEN SER INTERPRETADOS A LA LUZ DEL REINO DE DIOS

Lo importante para nosotros es comprender la relevancia de todo esto para nuestra vida. El caso en cuestión es una ilustración de un principio universal en el proceder de Dios con la humanidad. En la presente coyuntura mundial, requiere una verdadera urgencia el comprender este principio correctamente. Si aspiramos a disfrutar de paz interior a pesar de lo que ocurre en el mundo que nos rodea, la única forma de hacerlo es llegar a comprender esta filosofía bíblica de la Historia que explica lo que está ocurriendo en el mundo secular y su relación para con la iglesia de Dios. El principio esencial es que la Historia está siendo dirigida por Dios para realizar su propósito con respecto al Reino. Nuestro objetivo será ahora el de analizar este principio en mayor profundidad.

2. LA PERPLEJIDAD POR LOS ACONTECIMIENTOS ACTUALES NO ES UNA NOVEDAD

El problema no es nuevo. Nosotros en este siglo XX, hemos sido ingenuos al creer que nuestros problemas son excepcionales y peculiares. No lo son. Sólo estamos experimentando lo que el pueblo de Dios ha experimentado ya en muchas oportunidades anteriores. Es bueno recordar que la Historia se repite, y

así desligarnos de aquella ingenua y envanecida opinión que nosotros, los modernos, tenemos de nosotros mismos. Nuestras perplejidades de ninguna manera son nuevas. Hay muchos hoy día que sienten que no pueden ser cristianos por las dificultades intelectuales que plantea la aparente frustración de la Historia. Sin embargo, este problema es tan viejo como la misma humanidad y ha dejado perplejos a muchos desde el principio. El conocimiento moderno y los acontecimientos modernos poco tienen que ver en el asunto, de manera que bien podemos despojarnos de cualquier tipo de orgullo intelectual. El problema es el mismo que tuvo que enfrentar el que escribió el Salmo 73,⁸ o Habacuc, o Israel en forma nacional. La epístola a los Hebreos fue escrita especialmente para dilucidar este problema.

Los cristianos hebreos decían en efecto: Hemos creído el evangelio, dejamos el judaísmo y nos unimos a la Iglesia cristiana con base a lo que ustedes nos dijeron acerca de Cristo y su salvación, y acerca de su venida para establecer su reino y reinar sobre la tierra. Él no ha venido; somos perseguidos y despojados de nuestros bienes, y estamos sufriendo intensamente. ¿Dónde está la respuesta?

Los cristianos a quienes escribió el apóstol Pedro fueron tentados a preguntar: “¿Dónde está la promesa de su advenimiento?” (2 Pd. 3:4). Estaban siendo ridiculizados por los burladores que les decían: ¡Ah!, ustedes creyeron ese evangelio y confiaron sus vidas a ese Señor Jesucristo. Les dijeron que iba a volver a reinar pero, ¿Dónde está el cumplimiento de su promesa? ¡Todo sigue como antes! La respuesta de Pedro, cabe destacar, recuerda a los lectores de su carta que éste era ya un antiguo problema. Les dijo en efecto: ¡No se preocupen, es exactamente lo que decían las gentes antes del diluvio; lo que dijeron antes de la destrucción de Sodoma y Gomorra, y es lo que siempre han dicho! Su respuesta exacta según las Escrituras fue: “Para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza”. Esto es precisamente lo que dijo Habacuc: “La visión todavía tardará hasta el plazo señalado; bien que se apresura hacia el fin... aunque tardare, aguárdala, porque de seguro vendrá, no se tardará”.

El tema de la Historia es también el gran tema del libro del Apocalipsis. No importa cómo se interprete este libro, representa claramente un pronóstico de la Historia; una visión previa de eventos sobresalientes a través del largo curso de los tiempos hasta la consumación final. Sin embargo, muchos intérpretes quedan tan obsesionados con el simbolismo que pasan por alto, o pierden el

⁸ Salmo 73:11, 12, 13 y ss.

tema principal. Son tan expertos en los detalles que pierden la verdad central. El libro de Apocalipsis es principalmente una gran visión anticipada de la Historia, con Jesucristo como la persona central que controla la Historia abriendo “los sellos”. De esta manera contiene un mensaje de consuelo no sólo para los creyentes del primer siglo, sino para el pueblo de Cristo en todo tiempo y en todo lugar.

3. DOS POSIBLES ESTILOS DE VIDA: EL DE LA RAZÓN Y EL DE LA FE

Volviendo al pasaje que tenemos bajo consideración, el verso 4 lee: “Mas el justo por su fe vivirá”. Recordemos que esta importante declaración se cita varias veces en el Nuevo Testamento. Los eruditos discrepan respecto a la traducción exacta de la primera parte del versículo. Puede ser traducido: “Aquel cuya alma se levante (o enorgullece), no es recto” o también como se cita en Hebreos 10:38, donde se indica que Dios no encuentra agrado en aquel cuya alma se retrae, o retrocede (comparar V. M. y V. H. A.). La verdad que se declara, es que sólo hay dos posibles actitudes hacia la vida de este mundo: La de la fe y la de la incredulidad. O conducimos nuestra vida con fe en Dios, y las conclusiones que surgen naturalmente de esa actitud, o nuestro enfoque estará basado en un rechazo de Dios y las negaciones que se derivan de ella. Podemos “retraernos” del camino de la fe en Dios, o de lo contrario, podemos vivir por fe en Dios. Los mismos términos utilizados sugieren una correspondencia con los dos caminos posibles. Lo que el hombre cree determina la conducta de su vida. El justo, el recto, vivirá por la fe, o dicho de otra manera, el hombre que vive por fe, es un hombre justo. Por la otra parte, el hombre que “se retira” es injusto porque no vive por fe. Aquí nos confrontamos con las dos únicas opciones de la vida, y todos nosotros estamos en una u otra. No importa cuáles sean mis ideas políticas o filosóficas, tendrán irremediabilmente este común denominador: mi vida está fundada en fe, o no lo está. Si no lo está poco importa cuáles sean mis convicciones, o cuáles mis posiciones políticas, sociales, económicas. Lo que realmente interesa es saber si estoy aceptando la regla impuesta por Dios o no. Los famosos capítulos 10, 11 y 12 de la carta a los Hebreos exponen e ilustran esta verdad.

Cuando miramos al mundo de hoy y ponderamos el curso futuro de la Historia, se presentan dos posibilidades delante de cada uno de nosotros. Podemos observar y meditar sobre lo que vemos y luego, después de leer lo que

los expertos políticos y militares, estadistas y demás autoridades opinan, podemos finalmente recurrir a los libros de Historia. Como resultado de todo el estudio podremos procurar llegar a conclusiones, y formarnos una opinión propia. Sin duda, este es uno de los motivos por los cuales todos leemos los periódicos. Decimos: Este hombre es un experto; ¿Qué opina acerca de este tema? Hubo expertos que dijeron que no habría guerra en 1939. Afirmaban haber estudiado meticulosamente todas las posibilidades, y en su opinión era imposible que Hitler iniciara una guerra. Muchas personas aceptaron esa opinión e hicieron planes y proyectos. Se gobernaban por sus propias opiniones y deducciones. Por la aplicación del sentido común y la sabiduría del mundo, o por la perspicacia de ciertos pronosticadores.

Sin embargo, existe otra manera de mirar las cosas, que está claramente enseñada en la Biblia. No está basada en conclusiones derivadas de cuidadosos cálculos del poderío militar que pueda tener una nación, o si ha llegado el momento para que tal o cual nación inicie un ataque. ¡La Biblia sólo afirma con sencillez que cierto acontecimiento tomará lugar! No da razones. Sólo dice que ha de ocurrir porque Dios lo ha dicho. Tal el caso que consideramos tocante a los caldeos. No se ofrecen argumentos ni existe un cuidadoso análisis del poderío de las fuerzas rivales, sino solamente la sencilla declaración de Dios al profeta. El profeta la cree y actúa de conformidad con ella.

4. LA INEVITABLE NECESIDAD DE ELEGIR ENTRE ESTAS DOS ALTERNATIVAS

La vida de cada uno de nosotros está basada en una de estas dos actitudes. O adoptamos la sencilla Palabra de Dios y vivimos de acuerdo a ella, o no la adoptamos. Si protestamos contra la idea de que los profetas pueden predecir el futuro, o que los milagros y el creer en lo sobrenatural son ridículos en un mundo científico y sofisticado como el actual, sólo nos estaremos retrayendo del camino piadoso de la vida. El camino bíblico es un vivir por fe. “El justo por su fe vivirá”. Fe significa adoptar la Palabra de Dios y actuar de acuerdo a ella sencillamente porque es la Palabra de Dios. Significa creer en lo que Dios ha dicho, precisamente porque Él lo ha dicho. Aquellos héroes de la fe listados en Hebreos 11 creyeron la Palabra de Dios sencillamente porque Dios había hablado. No tenían otra razón por la cual creer. Por ejemplo ¿Por qué tomó Abraham a Isaac su hijo y subió al monte Moriah? ¿Por qué estuvo a punto de sacrificarlo? Sencillamente porque Dios le había dicho que lo hiciera.

No obstante, vivir por fe significa mucho más que eso. Significa el construir toda nuestra vida sobre la fe en Dios. El secreto de todos aquellos personajes del Antiguo Testamento, es que vivieron “como viendo al invisible” (He. 11:27). Prefirieron, igual que Moisés, “ser maltratados con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado” (He. 11:25). Por una parte, en la corte de Egipto había sabiduría humana; y por la otra, la sencilla Palabra de Dios que le había revelado a Moisés sus propósitos para el pueblo a quien pertenecía y el destino para el cual los estaba preparando. Para esa época eran esclavos y se los maltrataba con crueldad. Moisés sólo tenía la Palabra de Dios para apoyarse. Sin embargo, desechó la corte de Faraón, y dándole las espaldas al futuro promisorio que le ofrecía, salió como Abraham, abandonando su propia patria. Salió “como viendo al invisible”. “El justo por su fe vivirá”. Estos hombres arriesgaron todo apoyados en la Palabra de Dios. Estaban dispuestos a sufrir por ello y, si fuere necesario, aceptar la pérdida de todo. La misma alternativa enfrentaba a muchos de los primeros cristianos. Tuvieron que enfrentar terribles predicamentos. Se les obligaba a decir: César es el Señor, y ellos respondían: No podemos decirlo porque sabemos que no es la verdad; ¡sólo hay un Señor y es el Señor Jesucristo! Las autoridades insistían: Si no dicen que César es el Señor, serán arrojados a los leones. Sin embargo, se rehusaron a hacerlo. ¿Sobre qué base? ¡Sobre la base única de la Palabra de Dios! Creían que cierta persona había venido a este mundo con gran pobreza en Belén, que había trabajado como carpintero y que luego había muerto en una cruz. También creían que era el Señor de gloria, y que había resucitado de los muertos. En virtud a ello, declaraban que jamás reconocerían a César como el Señor. Lo arriesgaron todo. Murieron por su fe y en la fe.

Esta es nuestra posición como cristianos hoy. La alternativa presiona sobre nosotros cada vez con más fuerza. ¿Hay todavía personas lo suficientemente insensatas para apoyarse en este mundo y lo que puede ofrecer? ¿Cuál es el principio que controla nuestras vidas? ¿Es el principio de los cálculos? ¿Es la sabiduría del mundo, con un análisis astuto y equilibrado de la Historia y del conocimiento humano? ¿O es la Palabra de Dios que nos advierte que esta vida y este mundo sólo son transitorios y que ambos sólo son una preparación para el mundo que ha de venir? No nos dice que demos la espalda totalmente al mundo, pero sí insiste en que tengamos un correcto enfoque del mismo. Declara enfáticamente que lo que realmente importa, es el reino de Dios. Debemos hacernos, en la presencia de Dios, esta sencilla pregunta: ¿Está mi vida basada en el principio de la fe? ¿Estoy sometiendo mi vida al hecho de que lo que leo

en la Biblia es la Palabra de Dios y es verdadero? ¿Estoy dispuesto a arriesgarlo todo, incluso mi vida, basado en este hecho? “Mas el justo por su fe vivirá”.

5. LA ABSOLUTA CERTIDUMBRE DE LA DESTRUCCIÓN DEL MAL Y EL TRIUNFO DE DIOS

Los cinco “ayes” registrados en este capítulo no sólo son aplicables a los caldeos sino deben considerarse como un principio universal en la Historia. Todo lo que sea malo está bajo el juicio de Dios. A pesar de que los caldeos iban a prosperar por un tiempo, el límite de su prosperidad ya estaba fijado. El impío podrá triunfar por un tiempo, podrá “extenderse como laurel verde” (Sal. 37:35), pero no ha de permanecer. Su sentencia ya está sellada. Lo que produce perplejidad al pueblo de Dios es, ¿por qué Dios lo permite? Lo hace para llevar adelante sus propósitos, para que el mundo tropiece bajo estos poderes del mal, antes que Él demuestre repentinamente su poder y manifieste su propia soberanía. El principio al cual nos debemos aferrar es que Dios está sobre todo. “El camino de los trasgresores es duro” (Pro. 13:15), ya sean individuos, naciones, o el mundo entero. El hombre del mundo podrá hacerse de una fortuna utilizando prácticas impías en su negocio, y así triunfar. ¡Pero miremos el fin de los impíos! ¡Mirémoslo en el lecho de la muerte; mirémoslo enterrado en la tumba, y pensemos en la agonía de su destino eterno! Deberíamos sentir lástima por los impíos que son lo suficientemente insensatos como para embriagarse con su éxito temporal, su fin está sellado.

Lo mismo ocurre con las naciones. Leemos en los libros de Historia secular acerca de los imperios impíos que han surgido y cómo parecían tener a todo el mundo bajo sus pies: como ser Egipto, Babilonia, Grecia, Roma. Recordemos su fin. Durante la era cristiana ha ocurrido lo mismo. Hubo un tiempo cuando parecía que Turquía iba a doblegar a todo el mundo, pero finalmente cayó. Nación tras nación se han levantado para luego caer. Llegó el momento en que la calamidad pronunciada por Dios entró en vigencia. Nosotros mismos hemos vivido en un periodo en que hemos visto a este principio en acción. No importa qué es lo que está ocurriendo en el mundo hoy, el mismo principio sigue operando. Los ayes se pronuncian sobre los caminos de todos los que se oponen a Dios. Están condenados. Podrán tener gran prosperidad temporal, y debemos así esperarlo. Podrán cabalgar por el universo, pero así como surge una estrella, también se ha de apagar. El ay del juicio, la condena de Dios sobre el impío es irrevocable.

Volviendo ahora al aspecto positivo de esta verdad (verso 14) leemos: “Porque la tierra está llena del conocimiento de la gloria de Jehová, como las aguas cubren el mar”. No corresponde a ninguno de nosotros intentar predecir lo que va a ocurrir en detalle, pero podemos estar seguros de este gran hecho, que es, *la victoria final de Dios*. Sí, los paganos podrán rabiarse, y los pueblos imaginar cosas vanas. “pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte” (Sal. 2:6). Los enemigos de Dios y su pueblo podrán amotinarse, y todas las apariencias podrán señalar a la exterminación de la iglesia cristiana. Sin embargo, viene el día cuando “en el nombre de Jesús” se doblará “toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2: 10,11).

Con toda certeza, la tierra será llena de la gloria de Dios. El maligno será derrotado y arrojado al lago de fuego; todo lo que se opone a Dios será destruido y habrá “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 Pd. 3:13). La ciudad de Dios descenderá y los justos entrarán en ella. Todo lo impuro quedará fuera, y Dios será el todo en todos. El triunfo final de Dios es seguro.

¿Cuál es entonces nuestra conclusión final, a la luz de todo lo que hemos considerado? “¿De qué sirve la cultura que esculpió el que la hizo? ¿La estatua de fundición que enseña mentira, para que haciendo imágenes mudas confíe el hacedor en su obra?” (Verso 18). ¡Dios nos guarde de confiar o encomendarnos a cualquier poder que no sea Dios mismo, o a cualquier ídolo que los hombres puedan levantar! “Ay del que dice al palo: Despiértate, y a la piedra muda: ¡Levántate! ¿Podrá él enseñar? He aquí está cubierto de oro y plata, y no hay espíritu dentro de él” (Verso 19). ¡No pongas tu confianza en absolutamente nada que sea del hombre! ¡Sólo confía en Dios!

“Mas Jehová está en su santo templo; calle delante de Él toda la tierra” (Vs. 20). No sólo los paganos deben callar y guardar silencio, sino también los cristianos. No debe haber ninguna duda, inquisición o incertidumbre acerca de la bondad, la santidad y el poder de Dios. No debemos preguntar con tono de queja, ¿Por qué permitió Dios que esto sucediera? Ni, ¿Por qué Dios hace tal cosa? Considera la Palabra que Dios le dio al profeta. Mira a Dios. Mira a lo absoluto y final. Tapemos con la mano nuestra boca que está tan pronta a hablar con insensatez. Tomemos conciencia que Él está en el templo del universo, Dios sobre todo. Humillémonos silenciosamente e inclinémonos delante de Él para adorarle. Magnifiquemos su gracia, su poder, su bondad, y esperémosle a Él con paz y calma en el corazón.

CAPITULO V

CÓMO ORAR

Habacuc 3:1 y 2

1. EL CARÁCTER DE LA VERDADERA ORACIÓN

La respuesta a la revelación que Dios le dio al profeta y que ya hemos considerado, es expresada por Habacuc en forma de oración. No obstante, es al mismo tiempo una maravillosa pieza de poesía titulada: “Oración del profeta Habacuc, sobre Sigionot”. Fue una oración acompañada de música, ni triste ni alegre, sino expresiva de una profunda emoción. Sin duda que el profeta fue movido hasta las fibras más profundas de su ser con emociones conflictivas, pero predominado aquellas de triunfo y victoria.

Todo el capítulo es un registro de la oración del profeta. La oración es más que una simple petición, e incluye alabanza, agradecimiento, reminiscencia y adoración. La recordación de la historia tal como lo hace el profeta es, con frecuencia, una parte esencial de la oración. Las grandes oraciones de la Biblia, son aquellas que los hombres han efectuado, recordándole a Dios lo que Él ha hecho en el pasado. Basaron sus peticiones sobre esos hechos, de manera que todo este capítulo constituye una gran oración.

El segundo verso de este capítulo es un modelo de lo que debe ser la actitud de un cristiano en un tiempo de crisis o adversidad. Hoy nos enfrentamos con una situación mundial que bien puede conducir a los creyentes de mente espiritual a pensar en este libro de Habacuc. Nuestro problema vuelve a ser: ¿Por qué no interviene Dios? ¿Por qué permite Dios estas cosas? ¿Por qué es que los impíos tienen tanto éxito? ¿Por qué no desciende Dios para avivar a su Iglesia? Ante estas situaciones nuestra actitud debe ser la misma del profeta. ¿Lo es en verdad? ¿Lo fue durante los oscuros días de guerra? Hay ciertos peligros sutiles que siempre amenazan al creyente de la misma manera que lo hicieron con el profeta Habacuc. El diablo como “un ángel de luz”, procura sacar ventaja de cualquier perplejidad nuestra, haciéndonos mirar a lo que no corresponde y haciendo torcer de esta manera, nuestra actitud hacia Dios. Aquí

tenemos delante nuestro la actitud que debe caracterizar al cristiano en un tiempo de adversidad y de prueba.

2. ELEMENTOS ESENCIALES EN LA ORACIÓN VERDADERA

a) Humillación

En primer lugar notamos cómo el profeta se humilló a sí mismo, o sea su actitud de humillación. “Oh, Jehová, he oído tu palabra, y temí. Oh, Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer”. Ya no aparece una actitud de argumentación con Dios o de interrogante acerca de lo que estaba permitiendo como al principio. Ni siquiera protesta por lo que Dios le ha dicho. De la perplejidad intelectual ha progresado a una posición superior. Tampoco apela a Dios para que invierta su propósito de juicio. Menos aún, existe un pedido para que Dios detenga su mano del juicio y perdone a Israel. Si encontramos un reconocimiento de que aquello que Dios dice que va a hacer, está perfectamente bien; que Dios es absolutamente justo y que el castigo que vendrá sobre Israel, está bien merecido, todo lo cual refleja una actitud de completa sumisión a la voluntad de Dios⁹. No hay ningún esfuerzo por defender a Israel o a sí mismo sino una franca confesión de pecado y un reconocimiento de la justicia, santidad y rectitud de Dios. Como Daniel, dice: “Nuestra es la confusión de rostro”. No queda un solo vestigio de justicia propia, sino completo reconocimiento de pecado y total sumisión al juicio de Dios que se avecina sobre la nación.

¿Cómo llegó Habacuc a esta posición? Al parecer, ocurrió cuando dejó de pensar en su propia nación, o en los caldeos, y contempló sólo la santidad y la justicia de Dios contra el oscuro fondo del pecado en el mundo. Nuestros problemas con frecuencia pueden ser rastreados en nuestra insistencia en mirar al problema inmediato según nuestra propia óptica, en lugar de observarlo a la luz de Dios, mientras Habacuc estaba mirando a Israel y a los caldeos, estuvo turbado. Ahora los ha dejado de lado y sus ojos se han fijado en Dios. Ha vuelto a la esfera espiritual de la verdad, de la santidad de Dios, del pecado en el hombre y el mundo, de manera que puede ver las cosas en una perspectiva completamente nueva. Ahora está ocupado en la gloria de Dios y no en otra cosa. Tuvo que olvidar que los caldeos eran peores pecadores que los judíos, y reconocer que Dios los iba a utilizar a pesar de plantear un problema tan complejo. Esa actitud le había hecho olvidar el pecado de su propia nación,

⁹ Compárese con la oración de Daniel, en Dn. cap. 9.

concentrándose en los pecados de otros que aparentaban ser más graves. Mientras permanecía en esta actitud, quedó en la perplejidad, descontento en su mente y corazón. Sin embargo, el profeta fue levantado completamente de ese estado, para ver la maravillosa visión de Dios en su santo templo, y la humanidad pecaminosa y todo el universo debajo de Él. Al ver las cosas de esta manera la distinción entre israelitas y caldeos se tornó en algo sin importancia. Ya no era posible considerar la exaltación ya sea como nación o como individuo. Cuando las cosas se observan desde un punto de vista espiritual, sólo puede haber un reconocimiento de que “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” y que “el mundo entero está bajo el maligno” (Ro. 3:23; y 1 Jn. 5:17). La santidad de Dios y el pecado del hombre, son lo único que cuenta.

Aquí está la clave de la situación actual. ¿Vemos la necesidad que tenemos de humillarnos? ¿Vemos esta necesidad como miembros de la Iglesia? ¿La vemos como ciudadanos de nuestra nación? Nos enfrentamos con una situación mundial, sin saber qué es lo que va a ocurrir. ¿Habrá otra guerra? Si nuestra actitud todavía es: ¿Por qué permite Dios esto? ¿Qué hemos hecho para merecer todo esto?, será manifiesto que aún no hemos aprendido la lección que aprendió Habacuc. No nos hemos humillado lo suficiente. Hemos pasado por alto que las dos grandes guerras mundiales fueron la consecuencia inevitable de la impiedad que rondaba durante los últimos cien años, y todo por la arrogancia y el orgullo del hombre. ¿Ha reconocido la Iglesia cristiana que su condición actual y mucho de su sufrimiento se debe al castigo de Dios por la infidelidad y apostasía en que la misma Iglesia ha caído? Por mucho tiempo la propia Iglesia ha negado lo supernatural y milagroso, poniendo en duda la deidad de Dios y exaltando a la filosofía por encima de la revelación. ¿Tiene la Iglesia derecho a protestar si es que ahora está pasando por tiempos difíciles? ¿Se ha humillado en polvo y en ceniza? ¿Ha reconocido y confesado su pecado? ¿Tiene, acaso el mundo, derecho a protestar? A pesar de los juicios de Dios sobre nosotros, ¿Ha habido humillación? ¿Existe un espíritu de arrepentimiento? Si lo hay, ¿Dónde está?

No es bíblico, ni tampoco espiritual, el mirar sólo a lo que es evidentemente impío. Cristianos y aún líderes cristianos, tienden a dar la impresión que el único problema es el comunismo. Han caído en el error en que Habacuc estuvo por un tiempo. Con frecuencia oímos decir: La Iglesia cristiana no es perfecta, pero el comunismo es peor, o: La Iglesia no es todo lo que debe ser, pero ¡miren tal o cual cosa! Por tanto, no vemos la verdadera necesidad de la humillación. Muchos sólo ven un problema —los caldeos o los comunistas— y mientras permanecen mirando ese problema no sienten ninguna necesidad de humillarse.

La lección que aprendió el profeta Habacuc fue que ya no se trataba de un problema de nacionalismo o de antagonismo entre naciones. No se trataba de otra cosa que la santidad de Dios y el pecado. No queda otra cosa para hacer sino humillarnos delante de Dios. Nada podría ser tan desastroso, o tan anti bíblico como que la Iglesia considere que su primer deber es combatir al comunismo y menos aún el ser conducido a tal campaña por la iglesia romana. No hay tal cosa como la unión de la Iglesia y el Estado. Estos problemas no deben ser considerados políticamente, sino espiritualmente. Nuestra principal preocupación debe estar en la santidad de Dios y el pecado del hombre; ya sea en la Iglesia, el Estado o el mundo. A pesar de todo lo que se pueda decir del comunismo, o de cualquier otro “ismo” que se oponga a Cristo, lo primero que debemos preguntar debe ser: ¿Qué de mí mismo? ¿Significa el hecho que hay otros peores que yo, que yo esté bien? ¡Daniel y Habacuc no lo vieron así! Todos nosotros, al igual que Habacuc, debemos confesarle a Dios: ¡Hemos pecado contra ti y no tenemos derecho alguno de rogar en tu presencia que mitigues la sentencia! Tal auto-humillación es requerida con urgencia.

b) Adoración

Existe un segundo elemento en la oración y es el de *la adoración*. “Oh Jehová, he oído tu palabra y temí”. Temor no significa en este caso que Habacuc sintió temor por las cosas que habían de venir, según la revelación que Dios le dio. No se trataba del temor por el sufrimiento que había de venir. La expresión sugiere más bien estar embargado por el asombro en la presencia de un Dios tan grande; la de una profunda adoración y respeto por Dios y sus caminos. Dios le había hablado acerca de su plan histórico, y el profeta, meditando sobre el hecho de que Dios está en su santo templo y todo el mundo a sus pies, quedó maravillado y asombrado. Cuando reconoció la santidad y el poder de Dios, dijo: “Temí”. La actitud de “temor reverente” de la que se habla en Hebreos 5:7, es una actitud que no vemos entre cristianos, ni siquiera entre evangélicos. Existe un exceso de liviana familiaridad con el Altísimo Dios. Gracias a Él, podemos entrar en su presencia confiadamente por medio de la sangre de Jesucristo. Sin embargo, esto jamás debería reducir nuestra reverencia y nuestro piadoso temor. El antiguo pueblo de Dios y en particular los más espirituales de entre ellos, vivían tan conscientes de la santidad y grandeza de Dios, que aún temblaban al invocar su nombre. La santidad y el poder de Dios les hacían temblar y quedaban prácticamente estupefactos. Debemos acercarnos al Señor “agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (He. 12:28, 29).

Esto es esencial para un buen entendimiento de los tiempos en que vivimos. Debemos aprender a ver a Dios en su santo templo, por encima del flujo de la Historia, y por encima de las cambiantes escenas del tiempo. En la presencia del Señor lo que más sobresale es la naturaleza santa de Dios y nuestro propio pecado. Nos humillamos y con reverencia le adoramos.

c) Petición

Finalmente llegamos al aspecto de la *petición*. El apóstol Pablo dice: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego”. La verdadera oración siempre incluye estos tres elementos: Humillación, adoración y petición. ¿Cuál es la petición en el caso de Habacuc? No es un pedido de liberación o de alivio, ni una petición para que Dios tenga misericordia de su pueblo, ni de que la guerra con los caldeos sea evitada. No pide que se evite el sufrimiento, el saqueo de Jerusalén y la destrucción del templo. No efectuó tal petición porque había llegado a comprender que estos eventos eran inevitables y estaban bien merecidos. No le pide a Dios que cambie su plan. La sola carga que pesa sobre el profeta ahora, es su preocupación por la causa de Dios, por la obra de Dios, y el propósito de Dios en su propia nación y en el mundo entero. Su único deseo es que las cosas estén bien hechas. Había llegado al punto en que, en efecto, podía decir: ¡Lo que yo y mis compatriotas tengamos que sufrir, no importa, con tal que *tu obra* sea avivada y mantenida en pureza! Su gran ruego es que Dios avive su obra en medio de los tiempos. “Oh, Jehová, aviva tu obra en medio de los tiempos, en medio de los tiempos hazla conocer”. La expresión “en medio de los tiempos”, o “en medio de los años”¹⁰ está referida a esas cosas terribles y que estaban profetizadas para ser cumplidas en esos tiempos. Una paráfrasis adecuada podría ser: En medio de los tiempos de sufrimiento y calamidad que tú has predicho, aun en medio de ellos, oh Señor, aviva tu obra. Esta es una oración sumamente apropiada para la Iglesia en el día de hoy. Si estamos más preocupados por el riesgo que significa afrontar otra guerra mundial que por la pureza y bienestar espiritual de la Iglesia, esto representa una seria reflexión sobre nuestro cristianismo. ¿Qué es lo que principalmente nos preocupa cómo creyentes? ¿Son los eventos del mundo que nos rodea? ¿O es el nombre y la gloria de nuestro Dios Todopoderoso, la salud y condición espiritual de su Iglesia, la prosperidad y el futuro de su causa entre los hombres? Para Habacuc sólo había una preocupación.

¹⁰ Compárese la Biblia de Jerusalén que traduce: “En medio de los años” y comenta: “Es decir, en nuestro tiempo”.

A pesar de saber lo que iba a ocurrir, rogó por un avivamiento de la causa de Dios en Israel.

La palabra hebrea utilizada para “aviva”, tiene el significado primario de “preservar” o “mantener vivo”. El gran temor de Habacuc era que el pueblo de Dios fuera completamente destruido, de manera que oró pidiendo: Preserva, oh Dios, mantén en vida, no permitas que sea abatido. Además, avivar no sólo significa mantener en vida o preservar sino también purificar, corregir, y eliminar lo malo. Esta es siempre una acción esencial en la obra de avivamiento que Dios hace. En cada una de las historias de avivamiento leemos que Dios ha purificado, eliminando el pecado, la escoria y las demás cosas que frenaban su causa.

Hay otro factor importante y es que mientras la Iglesia es preservada, purificada y corregida, está siendo preparada para la liberación. El profeta observa la calamidad que se aproxima y dice: Oh Señor, mientras somos castigados, prepáranos para la liberación que ha de venir. Haz que todo tu pueblo sea digno de la bendición que has de derramar. Parece decir: Recuerda tu obra, y haz que sea lo que siempre quisiste que sea; que la Iglesia funcione como debe funcionar. Esta oración, al igual que la de Daniel, fue respondida en forma concluyente cuando estaban en la cautividad en Babilonia, en manos de los caldeos. Dios contestó el pedido de un avivamiento por medio del castigo, y precisamente durante el tiempo en que el castigo estaba siendo administrado.

La apelación final de Habacuc es conmovedora. “En la ira, acuérdate de la misericordia”. Matthew Henry señala en su comentario que Habacuc no pide a Dios: Oh, Señor, comprendo que este castigo era necesario, pero recuerda que hemos procurado ser buenos, y que han habido peores períodos en nuestra historia. No le pide a Dios que los recuerde por algún mérito, sino que ruega para que en medio de su ira se acuerde de la misericordia. “Ira” significa la perfecta justicia y rectitud de Dios. Todo lo que hace es recordarle a Dios su propia naturaleza y de ese otro aspecto de su divina persona, que es la misericordia. Pareciera decir: Atempera la ira con misericordia. No podemos pedir otra cosa que no sea el que tú actúes como eres, y que en medio de la ira, tengas misericordia de nosotros.

Aquí tenemos una oración modelo para el tiempo en que nos toca vivir. En los días de oración nacional durante la segunda guerra mundial, parecía predominar el criterio que *nosotros estábamos bien*, y que todo lo que debíamos

hacer era pedir que Dios derrotara a nuestros enemigos quienes eran los únicos que estaban mal.¹¹

No se dio lugar a una verdadera humillación ni a la confesión de pecado, ni lamento por nuestra pecaminosidad y apartamiento de Dios. El mensaje del libro de Habacuc es que hasta tanto no nos humillemos en verdad, olvidando a los demás, y aquellos que son peores que nosotros; hasta que nos veamos tal como somos en la presencia del Señor y confesemos nuestros pecados y nos encomendemos en sus manos todopoderosas, no tenemos derecho a disfrutar de la paz y la felicidad.

Mientras el mundo no aprenda estas tremendas lecciones de la Palabra de Dios no hay esperanza para él. Habrá guerras y más guerras. Que Dios nos dé la gracia para aceptar este mensaje de la Biblia y aprender a ver las cosas no desde el punto de vista político sino del espiritual.

Este principio tiene aplicación personal. Debemos enfrentar nuestra situación personal de la misma manera, preguntándonos: ¿Hay algo en mi vida que está mereciendo el castigo de Dios? Examinémonos y humillemos bajo la poderosa mano de Dios y preocupémonos principalmente por el estado de nuestras almas. El problema es que siempre miramos a la situación y al problema, en lugar de procurar el descubrir si hay algo en nuestra vida que le conduce a Dios a proceder de esta manera. En el momento en que yo me preocupo realmente del estado de mi corazón, en lugar de mi aflicción, estoy ya transitando por la avenida de la bendición de Dios. La epístola a los Hebreos declara que la disciplina es una prueba de que somos hijos de Dios. “El Señor al que ama disciplina” (He. 12:6). Si no sabemos lo que significa la disciplina, deberíamos alarmarnos pues si somos hijos de Dios, Él se interesa por nosotros y se ha propuesto llevarnos a la perfección. Si no escuchamos su voz, buscará otra forma para llevarnos al fin propuesto. “El Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo”. Cuando las cosas nos son aparentemente adversas no debemos analizar la situación y formular preguntas, sino mirarnos a nosotros mismos y preguntar: ¿Cómo está mi corazón? ¿Qué me está diciendo el Señor por medio de esto? ¿Qué es lo que hay en mí que está mereciendo esta acción por parte de Dios? Después de examinarnos y humillarnos deberíamos colocarnos en las manos de Dios y decir: Tú camino y no el mío, Señor, no

¹¹ *Nota del traductor:* El autor, siendo de nacionalidad británica, habla en primera persona plural, refiriéndose a sus connacionales.

importa cuán duro sea. Mi única preocupación es que mi corazón esté bien contigo. Sólo pido que en la ira recuerdes la misericordia, pero sobre todo, continúa con tu obra para que mi alma sea avivada y que sea agradable a tus ojos.

Esa fue la actitud de Habacuc. Fue la actitud de todos los verdaderos profetas de Dios. Es siempre la actitud de la Iglesia en todo tiempo de despertar espiritual y avivamiento. Es la única actitud correcta, bíblica y espiritual para la Iglesia y para cada creyente en lo individual en esta hora presente. Deberíamos pensar menos en la amenaza del comunismo, o en cualquier otra cosa que ponga en peligro a la Iglesia, y estar más preocupados acerca de su salud y su pureza, y por sobre todo esto mostrar preocupación por la santidad de Dios y dolor por el pecado humano.

CAPITULO VI

COMO GOZARNOS EN LAS TRIBULACIONES

Habacuc 3: 3 – 19

1. FE Y TEMOR

“Oí, y se conmovieron mis entrañas; a la voz temblaron mis labios; pudrición entró en mis huesos, y dentro de mí me estremecí; si bien estaré quieto en el día de la angustia, cuando suba al pueblo el que lo invadirá con sus tropas” (v. 16). El profeta ya no tiene problemas filosóficos ni teológicos. Ve todo con suma claridad pero siendo humano y viendo los juicios que han de venir, se llena de temor. ¿Cómo puede tener paz interior cuando todo esto está por ocurrir? ¿Cómo hará para enfrentarlos? Es un gran consuelo saber que estos profetas de Dios eran hombres como nosotros, sujetos a las mismas debilidades que nosotros tenemos. Tenemos una inclinación a pensar de ellos como hombres especiales por la grandeza de su entendimiento. Sin embargo, si así lo hacemos, perderemos mucho beneficio al considerar sus escritos. Aquí se nos ofrece un vistazo del carácter del hombre. Es lo suficientemente honesto como para decir que cuando oyó lo que Dios iba a hacer, tembló como una hoja. El Señor reconoció esta debilidad humana cuando dijo: “El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne el débil” (Mr. 14: 38). Debemos agradecerle al Señor por hacer esta distinción entre falta de fe y debilidad de la carne. Los grandes hombres de fe con frecuencia temblaron físicamente ante ciertas perspectivas que se cernían sobre ellos. Ver la verdad y entender las doctrinas es muy importante, pero a pesar de ellos podemos aún temblar físicamente. El hacerlo bajo ciertas condiciones no significa necesariamente que exista una falta de fe, si bien el diablo tratará de no convencernos que no es así. Si alguna vez eres tentado de esta forma, ¡recuerda a Habacuc! Él entendió perfectamente y sin embargo, tembló como una hoja por la propia debilidad de su carne.

2. LA PROVISIÓN DE DIOS PARA EL PROFETA TEMEROSO

a) *El Ejemplo del Siervo de Dios*

Dios “conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo” (Sal. 103:14). Él entiende nuestra debilidad humana y ha hecho maravillosa provisión para nosotros. En primer lugar nos dice que aun sus grandes siervos han experimentado algo del temor físico, combinado con fe en su Palabra. Hemos visto que así fue con Habacuc. El mismo Abraham, el gran hombre de fe, supo en ciertas ocasiones lo que era el ser débil en la carne. David también admitió que su carne fracasaba aun a pesar de su fe. A Jeremías le fue dada una tenebrosa profecía, para hacerla saber al pueblo, y a veces sentía que no podría enfrentar la odisea. El mensaje era tan terrible que a pesar de estar dispuesto en su espíritu, su carne se retraía de hacerlo. Tenemos una fugaz descripción de Juan el Bautista, languideciendo en la cárcel, cansado, sufriendo físicamente, y todas estas circunstancias reflejadas sobre su espíritu. Observamos este problema también en el gran apóstol Pablo. Nos dice en su segunda carta a los Corintios que ningún reposo tenía en su cuerpo y que “en todo fuimos atribulados; de fuera, conflictos; de dentro, temores” (2 Co. 7:5). Cuando predicó por primera vez en Corinto lo hizo “con debilidad, y mucho temor y temblor” (1 Co. 2:3). Tales ejemplos nos aseguran que Dios nos entiende y que en su misericordia nos mostrará una salida de nuestras dificultades.

b) *El Don del Gozo, no del Auto-control*

¿Qué puede hacer un hombre en tal estado de debilidad humana? ¿Qué podría sustentar a un hombre como Habacuc cuando llegara el ejército caldeo y comenzara a destruir la ciudad? ¿Qué fue lo que sostuvo al remanente fiel del pueblo de Dios cuando aparentemente todo estaba perdido? No fue el resignarse ni decir: Bueno, no vale la pena afligirse, ni excitarse, ni alarmarse, porque nada podemos hacer para evitarlo. Tampoco fue aplicar el principio psicológico¹² de desconectarse. No fue el tratar de convencerse a sí mismo y decir: lo mejor es no pensar en ello. Vayamos al cine, leamos novelas, pero dejemos de pensar – una especie de escapismo. Tampoco era cuestión de hacer un esfuerzo y juntar

¹² *Entiéndase* como la rama del conocimiento.

coraje. No encontramos aquí exhortación alguna a tener coraje. Hay algo infinitamente más importante que el realizar un gran esfuerzo de la voluntad y decir: no voy a lloriquear, me voy a comportar como un hombre. Habacuc admite que sus entrañas se conmovieron y sus labios temblaron a la voz y la pudrición entró en sus huesos.

El tratamiento psicológico¹³ difiere fundamentalmente del método escritural. Es a veces una crueldad decirle a un hombre que se encuentra en un estado de temor descontrolado, que trate de “rearmarse” y enfrentar con coraje su situación. Si pudiera hacerlo lo haría y el temblor cesaría. Sin embargo, el profeta está en un estado tal que es incapaz de controlar sus reacciones físicas. Por más que trate, no puede dejar de temblar. Los métodos que el mundo ofrece en estas circunstancias, sólo son efectivos en algunas personas y en un momento cuando su ayuda es casi innecesaria. No tienen valor alguno cuando una persona está en este grado de extrema alarma física.

En lugar de adoptar la resignación o tratar de juntar coraje, la Escritura demuestra que es posible vivir en un estado de regocijo, aun en tales circunstancias. “Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya fruto, aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento, y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales; con todo, yo me alegraré en Jehová y me gozaré en el Dios de mi salvación” (vs. 17 y 18). El cristiano pretende nada menos que esto. El hombre del mundo, si está en un buen estado físico, podrá quizá llegar a una actitud de resignación. Podrá quizá vestirse de un aire de coraje como lo han hecho muchos en tiempos de guerra y de agudas circunstancias adversas, y sin duda tal actitud debe ser admirada. No obstante, en contraste con ella, al cristiano se le ha dado la seguridad de que a pesar de ser una persona que físicamente sea proclive a alarmarse, puede experimentar no solo fuerzas sino también un positivo regocijo en medio del peligro. Él puede “gozarse en la tribulación”, y resultar victorioso en medio de las peores situaciones. Este es el desafío de la posición cristiana. Es aquí donde los creyentes nos diferenciamos del mundo. Cuando el infierno está desatado y llega lo peor de lo peor, tenemos que hacer mucho más que aguantar y resistir. Hemos de experimentar un gozo santo, y manifestar un espíritu de regocijo. En lugar de ejercitar el control de nosotros mismos con una voluntad de acero,

¹³ *Entiéndase* como la rama del conocimiento.

hemos de ser “más que vencedores” (Ro. 8:37). Debemos regocijarnos en el Señor y gozarnos en el Dios de nuestra salvación. Estos periodos son la prueba de nuestra profesión cristiana. Si no demostramos ser “más que vencedores”, hemos fracasado como cristianos.

c) *El Estímulo de la Historia*

¿Qué hace que esto sea posible? El profeta encuentra su consuelo en una correcta interpretación de la historia, a la cual ya nos hemos referido. Cada vez que el autor de un Salmo se enfrenta con situaciones como las que nosotros estamos considerando, invariablemente se torna a la historia pasada y al proceder de Dios con los hombres, y de esta manera lo encontramos alabando a Dios y regocijándose. De igual manera, el profeta aquí trae a su memoria los grandes hechos en la historia de los hijos de Israel, concentrándose en particular en la liberación de la esclavitud de Egipto, su paso por el Mar Rojo, su viaje a través del desierto, la derrota de sus enemigos y la ocupación de Canaán.

Nosotros también debemos aprender a utilizar este método. Puede ser que esto sea lo único que nos sostenga en los días que están por delante. Al observar el mundo de hoy, ¿hay motivo alguno para regocijo que no sea este? Si alguna vez nos encontramos en el terrible estado tan gráficamente relatado por el profeta, lo que tendremos que hacer es mirar hacia atrás, a la historia.

En primer lugar, debemos *concentrarnos sobre los hechos* y reconocer que son hechos. El profeta entra en muchos detalles diciéndonos las cosas que Dios ha hecho; cómo dividió el Mar Rojo, cómo detuvo el sol, y cómo controló los elementos. No hay duda alguna de que los hechos del relato bíblico deben ser enfatizados más que cualquier otra cosa en estos días. Hay quienes dicen que lo más necesario es volver a la teología bíblica y a un nuevo entendimiento de la enseñanza de la Biblia. Se habla mucho acerca del maravilloso redescubrimiento en los años recientes del mensaje esencial de la Biblia. Este es el énfasis de lo que se conoce por la “neo-ortodoxia”. Muchos de ellos utilizan la palabra “mito” para describir muchos de los hechos históricos, y dicen que la Historia en sí, no es realmente importante. Los acontecimientos relatados no son lo que en última instancia importa. Lo que sí importa es la *enseñanza* que está encerrada en los supuestos hechos. Ellos sugieren que los detalles históricos del Antiguo Testamento no son los que revisten mayor importancia y que no es

realmente esencial creer en los hechos. Lo que sí importa es creer en el mensaje presentado de esa forma. En consecuencia, muchos de ellos no creen que los Israelitas realmente pasaron a pie por el Mar Rojo. Dicen que es científicamente imposible. Sin embargo, admiten que hay un principio importante contenido en la historia, y lo principal es entender ese principio. El “mito”, término que se usa corrientemente, sugiere que la “cáscara” de la Historia no tiene importancia y que es el corazón de la verdad lo que realmente cuenta. Los hechos que se presentan pueden no ser verdaderos, pero lo que representan sí es verdadero.

Ahora bien, debemos reconocer que si esta opinión es correcta, no tenemos consolación alguna. Si Dios en realidad no ejecutó los hechos relatados en el Antiguo Testamento a favor de Israel, entonces toda la Biblia se puede reducir a una pieza de psicología dirigida a mantenernos contentos. Sin embargo, la Biblia misma demuestra con suma claridad que mi consuelo descansa en hechos; en el hecho de que Dios ha ejecutado ciertas cosas, que han ocurrido tal cual se describen. El Dios en quien yo creo es el Dios que pudo dividir el Mar Rojo y el río Jordán y que lo hizo. Al recordarse a sí mismo y a nosotros de estas cosas, Habacuc no está simplemente consolándose por jugar con ciertas ideas, sino que está hablando acerca de cosas que Dios *efectivamente ha hecho*. La fe cristiana está sólidamente basada en hechos y no en ideas. Si los hechos registrados en la Biblia no son hechos reales, entonces no queda consuelo ni esperanza para nosotros. Nos somos salvos por ideas, sino por hechos, por eventos. La fe cristiana se distingue de toda otra religión por el hecho de que sus doctrinas están basadas sobre hechos contundentes de la Historia. El budismo, el hinduismo, y otras religiones están basadas sobre teorías e ideas. Solo en la fe cristiana procedemos con base a hechos. Esta moderna teoría acerca de “mitos” debe ser rechazada como algo del diablo. Los hechos creídos y aceptados como tales por nuestro Señor son absolutamente esenciales.

Habiendo establecido los hechos, debemos contar con *la grandeza del poder de Dios*. El profeta recuerda los milagros que Dios realizó en Egipto: “y el resplandor fue como la luz; rayos brillantes salían de su mano, y allí estaba escondido su poder. Delante de su rostro iba mortandad” (vs. 4 y 5). Luego habla de la división del Mar Rojo: “¿Te airaste, oh Jehová, contra los ríos? ¿Contra los ríos te airaste? ¿Fue tu ira contra el mar cuando montaste en tus caballos, y en tus carros de victoria?” (v. 8). Es importante reconocer el hecho que Faraón y sus huestes fueron realmente ahogados en el mar. La historia no

es una alegoría de liberación sino un evento que realmente tuvo lugar y por medio de la cual Dios desplegó su poder.

Siguen referencias al Monte Sinaí, a la división de las aguas del Jordán, y luego viene esa llamativa frase: “El sol y la luna se pararon en su lugar” (v. 11). Dios detuvo el sol para que los hijos de Israel pudieran triunfar. El Dios en quien creemos puede actuar y actúa, cuando a Él le place. Habacuc está meditando en la grandeza y el poder de Dios, y el elemento sobrenatural del proceder de Dios con su pueblo. Si la sustancia de estos elementos no es verdadera, ¿dónde está nuestro consuelo? Los hechos son importantes porque revelan la grandeza y el poder de Dios y el elemento sobrenatural del proceder de Dios con su pueblo.

La tercera verdad es que el Dios con quien tenemos que tratar es *un Dios que es fiel a su Palabra y que guarda sus promesas*. “Se descubrió enteramente tu arco; los juramentos a las tribus fueron palabra segura. Hendiste la tierra con ríos” (v. 9). Al recordar los hechos y el poder de Dios, el profeta se asegura así mismo que, en estos eventos, Dios no estaba haciendo otra cosa que cumplir sus juramentos dados a Abraham, y repetidos a Isaac y Jacob. Dios había dicho que ellos eran su pueblo y que tenía ciertos propósitos para ellos y, a pesar de que estaban sometidos y parecía que iban a desaparecer en Egipto, Él los sacó y los sustentó en todas sus aflicciones.

Ahora vemos la provisión divina para contrarrestar el temor que nosotros mismos no podemos controlar. Miramos hacia atrás y pensamos en Dios. Cuando el profeta hizo esto, comenzó a sentirse mejor. Olvidó su nerviosismo y contempló al Poderoso, Dios de los milagros, quedó tan lleno de asombro que comenzó a regocijarse. Entonces sintió que podría enfrentar cualquier situación, y que a pesar de todo se regocijaría en el Señor. Él sabía que tal Dios no lo olvidaría, y que tal Dios con toda certeza le daría la victoria.

3. LA MULTIPLICADA PROVISIÓN DE DIOS PARA SU IGLESIA TEMEROSA

Estos fueron los hechos que Habacuc recordó para su consuelo, pero hoy nosotros estamos en una posición más maravillosa que Habacuc. Podemos agregar a la Historia, podemos suplementar los hechos aducidos por el profeta. Estamos en una posición desde la cual se puede ver cómo todo lo que Dios le

reveló, se cumplió al pie de la letra. Los caldeos fueron por cierto levantados; destruyeron a los Israelitas y los llevaron cautivos a Babilonia. A su tiempo Dios vino sobre los caldeos, los destruyó y trajo de vuelta a Jerusalén el remanente de Israel. La ciudad fue reestablecida y el templo reedificado.

Podemos ir más allá y meditar en los hechos de la poderosa salvación que Dios ha obrado en Cristo. Podemos regocijarnos especialmente en el hecho de la resurrección. Si alguna vez se presentó una situación realmente desesperada fue cuando el Hijo de Dios fue crucificado en un madero y sepultado en una tumba. Los discípulos estaban deprimidos pues todas sus esperanzas se habían desvanecido, pero Dios actuó en el milagro de la resurrección. Demostró que todavía seguía siendo Dios, y que con Él nada era imposible. La resurrección de Jesucristo no es una idea, sino un hecho real de la Historia. De lo contrario, no hay evangelio. No creemos meramente en la persistencia de una vida después de la tumba. No decimos meramente que Jesús todavía vive. Declaramos que Él literalmente se levantó del sepulcro con su cuerpo. Todo depende de esta verdad.

Consideremos otros hechos. Los judíos persiguieron a los cristianos cruelmente, aunque se les advirtió que si seguían en esa actitud, ellos mismo serían destruidos. Ya habían sido advertidos en el Antiguo Testamento, pero Juan el Bautista y Jesucristo, ambos volvieron a advertirles. Al persistir en su odio maligno Dios destruyó su ciudad en el año 70 d.C. El templo fue derribado y el pueblo fue dispersado entre las naciones, donde todavía permanece la mayoría. Estos hechos del año 70 jamás deben ser olvidados. Tampoco olvidemos lo que le ocurrió al Imperio Romano por perseguir a la Iglesia de Cristo y tratar de destruirla. En el libro de Apocalipsis y en otros lugares se había revelado claramente que les vendría un terrible desastre y que serían destruidos. Ocurrió al pie de la letra como cualquiera lo puede leer en la historia del Imperio Romano. Estos eventos podrían ser suplementados por muchos otros a través de los siglos. La historia de la Iglesia en la Edad Media, la historia de la Reforma Protestante y la persecución de los Padres Protestantes ilustran el mismo principio. El diablo, trabajando por medio de la Iglesia Romana trató de destruir a los protestantes y por un tiempo parecía que todo estaba perdido, pero Dios siguió con su obra. En las grandes historias de los Pactantes y de los Puritanos encontramos más referencias al mismo gran principio. Al releer estas

cosas nosotros, al igual que Habacuc, podemos regocijarnos en el Señor a pesar de las circunstancias.

Por sobre todos estos hechos está el hecho más glorioso de todos, el de Jesucristo mismo. Tenemos los detalles de su vida terrenal en los evangelios para que tengamos consuelo en días de turbación. Por sobre todo, recordemos que el mismo Hijo de Dios ha pasado por este mundo. Él sabe todo acerca de la contradicción de pecadores, por haberlo sufrido Él mismo. Aunque era el Hijo de Dios, supo lo que era estar cansado, abrumado, debilitado físicamente, y hasta transpirar gotas de sangre en agonía. Supo lo que fue enfrentar a todo el mundo y el poder de Satanás y del infierno amalgamados contra Él. “No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (He. 4:15). Sabe todo acerca de nuestra debilidad. La encarnación no es una mera idea, sino un hecho. “El Verbo fue hecho carne”. En nuestra agonía y debilidad, siempre podemos ir a Él con confianza, sabiendo que Él entiende, sabe y puede socorrernos. El Hijo de Dios se hizo hombre para que pudiese ser nuestro Sumo Sacerdote y para poder conducirnos a Dios.



